

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO IV

Valladolid: Julio de 1906

Núm. 43

EXCURSION A CISNEROS

CRÓNICA

Había llegado el domingo 29 de Abril, fecha señalada con la debida anticipación para verificar nuestra jira excursionista á la histórica villa de Cisneros, patria de insignes varones y de no menos insignes hembras por sus apacibles gracias, como veremos más adelante.

Pero no adelantemos los sucesos.

Eran las seis de la mañana de ese día cuando nos reunimos en la estación férrea varios excursionistas de golpe, es decir de pronto, repentinamente, lo que se verificó en parte por las brisas frías de aquella madrugada, que barruntándose desde la cama, nos habían retenido á muchos en la misma más de lo que debía esperar la *Sociedad* de nosotros, y parte también porque los madrugadores estaban escondidos cautelosamente, como en acecho de los que venían más tarde para no avergonzarlos; pero lo que realmente creemos es que hay excursionistas muy aficionados á comenzar sus exploraciones antes que el grueso del ejército, y valga la metáfora.

La mañanita de Abril por lo demás era muy agradable para espíritus serios, pues con sus caricias frescas y retozonas desplegaba el entrecejo de ciertos socios, y hasta animaba su faz, aligerando los preparativos y cumplidos.

La empresa de los ferrocarriles del Norte se había portado admirablemente en obsequio á los excursionistas, rebajándonos el precio del billete,

cosa muy digna de apreciar no solamente por su valor intrínseco sino más bien por su significación y consideración social.

Tuvo además la ilustrada empresa de que hablamos toda clase de atenciones con los excursionistas, así como también sus dignos funcionarios en la estación de esta capital, por todo lo que enviamos desde aquí un voto de gracias á su dirección y al celoso personal de la compañía en Valladolid.

Un amigo ilustre

Nos reunimos en la sala de espera los señores Martí, Revilla, Prieto Calvo, Sabadell, Asensio, Mochales, Lago, Gala, Reoyo, Álamo, Merchan y el infrasquito secretario, todos muy amenos é interesantes menos el último, que sospechaba el peso de esta crónica.

Apenas reunidos comenzóse á citar un nombre para nosotros muy querido por los gratos recuerdos de su estancia en el gobierno de esta provincia, que habían de acrecentarse con nuestra presencia en sus patrios lares.

Tratábase del Exmo. Sr. D. Victoriano Guzmán, el cual nos esperaba al otro lado del mar gris, pues esta condición y aspecto tiene la extensa llanura de la

tierra de campos, tan repleta de mies y de promesas como de hidalguía, y en cuanto se hubo echado á volar ese nombre, la atracción á distancia se verificó, ansiando todos llegase el momento de estrechar su mano y tenderle un abrazo excursionista, que como es sabido es uno de los mejores abrazos del sexo feo.

Así las cosas, el Sr. Tesorero, hombre de suerte si los hay—le acababa de tocar un premio,—nos repartió los billetes ó credenciales diplomáticas de asiento en la excursión, y enterados de que se hallaban con nosotros las vituallas ó pertrechos de boca y guerra, nos dirigimos como un solo hombre al andén, después de habernos mordido el billeteaje un idóneo empleado de la estación por medio de un aparato sencillo cuanto ingenioso y muy conocido como sacabocados.

Dos perdices para uno

Por esta vez se desmintió el refrán tan olvidado de *dos perdices para dos*, y así nos lo demostró el Sr. Sabadell que tenía dos billetes para un solo excursionista; por lo demás no era hora todavía de *perdicear*, verbo poco usado dentro y fuera de la excursión, y lo sentimos.

Pero lo chocante del caso era que, según la lista, los billetes estaban bien y el personal lo mismo, como se vió al confrontarse uno y otra, y sin embargo sobraba un billete: ¿dónde estaba ese excursionista invisible, presente y ausente, que se sentía y no parecía? ¡Oh prodigio de vitalidad social! Ya lo dilucidaremos.

Convenientemente colocados en los coches, en amigable intimidad de socios y bastimentos, solo nos ocupamos en hallar á los compañeros de excursión, que habían de reunirse en Palencia, á cuyo efecto se hacía preciso llegar á ese punto, cosa en que convenimos todos con nuestra acostumbrada unanimidad.

Partió el tren silbando y rugiendo como león que recobra la libertad y rompe las trabas que le sujetan bajo una marquesina; y pasó las agujas lanzándose al llano y entrando por las ventanillas del renacimiento el ambiente de los campos, el oxígeno vital de los espacios poblados de vida y de armonía. En un coche-salón de buena clase y última moda nos habíamos repartido por sus varios departamentos todos los excursionistas, rebosantes de alegría y dados á la familiaridad más seductora.

El vagón se contoneaba sobre los rails orgulloso de su carga y de su merienda, mitad corporal, mitad espiritual y vaporosa, tanto una como otra, para su conveniente asimilación de la otra por la una, debida la primera porción de la merienda á la rectitud

del señor del Álamo y la segunda á la galantería del señor Gala. Oh fuerza del consonante!

Y así continuábamos felices, risueños y expresivos dentro del convoy, que tendía su melena centelleante y su penacho de humo por los aires, siempre avanzando y trayéndonos al alcance de la vista nuevos horizontes, agradables perspectivas encuadradas en el marco de la ventanilla, construida con el arte puro del renacimiento.

Sabadell seguía disfrutando de un par de billetes.

La llanura.

En Venta de Baños se nos leyó una misiva del famoso excursionista D. Amado Salas de Medina Rosales, quien no pudiendo acompañarnos, nos saludaba efusivamente, y no siéndole posible disfrutar de nuestras impresiones del viaje y excursión, nos las deseaba muy buenas, bellas y baratas.

Remontando la margen izquierda del Carrión llegamos á Palencia, foco perenne de excursionismo, del cual hablaremos después por habernos detenido en esta noble ciudad de la egregia alcuña castellana á nuestro regreso, con la misma confianza que en el regazo de cariñosa madre. Dimos la bienvenida á los socios que se incorporaban cruzando cariñosos saludos. Los señores D. Germán y don Julio de Guzmán, D. Nazario Vázquez, D. Diego Moreno Peral y D. Teodoro Ramírez Rojas nos traían con su afabilidad y cortesanía muy grato presente de la ciudad de Palencia y de nuestros amigos. Al arrancar el tren habíase establecido ya la más completa fraternidad social y pronto conocimos que habíamos olvidado con las glorias, la memoria de una justa reparación de fuerzas, dirigiendo entonces nuestra atención al plan alimenticio cuidadosamente preparado como llevamos dicho.

Almorzamos, pues, sin más rodeos sobre la marcha, sazonando las vituallas con esos aperitivos del deporte excursionista en amables diálogos tan placenteros como el más risueño paisaje.

El que cruzábamos sobre la llanura de campos entre el río y el canal estaba lleno de recuerdos para todos los castellanos y de una gran belleza cultivadora del espíritu. Aquel suelo extenso, levantado sobre el centro de la patria en dilatada planicie para recoger todas sus aspiraciones y elevarlas sobre la mezquindad de la vida, ofrecía con su línea amplísima en todas direcciones, con su firmeza en la superficie y en su fecundidad en las entrañas, imagen de lo que es el trabajo en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

Sobre esta llanura marchaba el tren bajo un cielo clemente y piadoso para sus habitantes, pues con sus benéficas nubes preparaba el sustento y hermo-

sura de sus plantaciones. Aire y ambiente amorosos, según frase de esta tierra, vagaban por la llanura alegrando los corazones de sus naturales.

A los excursionistas podría no parecernos muy propicio el tiempo por los anuncios de lluvia, pero hubo dones para todos; porque llovió cuando estábamos descansando y estuvo seco cuando cumplíamos nuestro cometido. Las nubes se inclinaban visiblemente hacia nosotros, sin mojarnos.

Dejamos atrás el Carrión, apacible río y la enhiesta ermita del Otero, uno de los poquísimos puntos elevados de esta comarca, que «del oro y del cetro pone olvido» y cruzamos sobre magnífico puente el canal, poniéndonos á su vera y recibiendo sus efluvios juntamente con los del campo que cruzaban alegres pajarillos cantando sus glorias.

Sucesiva y mágicamente como en película de vivo cinematógrafo fueron apareciendo casas, tierras, haciendas y pueblos. Grijota con sus afanosas panaderas, de floreados pañuelos y verdes manteos con ribetes de grana, estriados y ondulantes sobre medias moradas, cabelleras en sendos jumentos que llevan el pan y los aires de su pueblo á la capital, nueva suerte de amazonas de los campos góticos, en los cuales luchan á la manera de Cesar en Farsalia, no por la gloria sino por la vida. Después Villaumbrales donde se encuentran los diques del Canal y lugar de célebres parlamentos en la Edad Media. Mas allá Becerril de Campos, capital de las *Behetrías* ó pueblos libres. Luego Paredes de Nava en cuyas cercanías es fama existió la célebre población romana que se llamó *Intercatia*, habiendo servido sus muros ó paredes, de que se conservan restos, para dar nombre al pueblo palentino, patria de Beggurrete y plantel del tipo más castizo de las mujeres en la comarca, de grandes ojos de azabache, fuerte complexión, ovalados rostros trigueños, orlados hacia las sienas por agraciados rizos de sedoso pelo, tan negro como el abismo de sus ojos; y, por último, se presentó Villalumbroso capital de rico valle y pintoresca vega que conduce á Cisneros, punto de nuestra peregrinación y atractivo poderoso de nuestros deseos.

Cisneros.

En esta hidalga villa nos esperaba el Sr. Don Victoriano Guzmán, al cual vimos al detenerse el tren que nos conducía. Dicho señor, que nos recibí con las mayores muestras de amistad, es el verdadero tipo del castellano leal y del caballero sin tacha.

Al pueblo se llega por una buena carretera abierta sobre extensa planicie frente á la vía, desde la cual se distingue colocada sobre una eminencia la

población linajuda, hospitalaria y veraz. Aunque el trayecto es corto y llano el suelo, el Sr. Guzmán nos tenía preparados varios vehículos de la labranza adornados con asientos y tirados por robusto tronco de lucidas mulas.

No los más ancianos, sino los más jóvenes, que van teniendo en estos tiempos una experiencia de la vida mayor que nosotros, y dan ciento y raya á las mejor peinadas canas, usaron de los carros y el resto de la falanje, ganosa de estirar los miembros entumecidos, hubo de dirigirse á pie en demanda del pueblo.

La mañana estaba frescachona y un viento demasiado sano porque no consentía enfermos, oró nuestros pulmones y puso nuestra piel de gallina. El Sr. Don Victoriano, abriendo calle por entre la muchedumbre de vecinos que presenciaba nuestro acceso, nos llevó á su casa y nos instaló en la *gloria*, pues no podía menos de ser así tratándose de persona tan amable. Las glorias de campos están muy bien entendidas y merced á ellas los crudos inviernos de esta tierra pueden hacerse llevaderos.

La de la casa del Sr. Guzmán no se limita solo á una habitación, sino que se extiende á toda la casa, que fué verdadera gloria para los excursionistas.

Nadie quiso descansar por los grandes deseos que teníamos todos de ver el pueblo y nos encaminamos al *Pósito*, primer punto de exploración. La multitud nos acompañaba, en gran silencio y dando pruebas de bastante respeto, á nuestros fines, aunque no faltaba quien pensase si iríamos acaso á inventariar las iglesias como en Francia, pero la compañía de Don Victoriano y nuestro aspecto poco osado tranquilizó bien pronto al pueblo.

Es el *Pósito*, fundado por el cardenal Cisneros, un edificio sólido, muy capaz y con inmejorables condiciones para acumular el trigo en beneficio de los agricultores que de él han menester; gran institución y profunda previsión los pósitos tienen en Cisneros un hermoso origen. Lástima, etc.

Pasamos, antes de visitar la iglesia de San Lorenzo, por delante de la casa de los abuelos del célebre cardenal, cuyo apellido tiene el mismo origen del pueblo, según atestigua la palabra semejante á la de *Ansures*, conde que fijó su residencia en la comarca durante la reconquista hasta que se extendió esta hacia el Duero. De la familia del citado conde tomaron origen los Rodríguez y Ximenez de Cisneros. La casa como la inmensa mayoría de las del pueblo demuestra en la época presente la popularidad de la nobleza castellana.

En la iglesia de San Lorenzo, templo espacioso, cuyas tres naves están separadas por robustas columnas, cubiertas por rico artesonado, hay una capilla de techumbre octógona que es un primor de estilo mudéjar. El retablo del altar mayor es de talla y pintura con ornamentación plateresca. En el

suelo sobre los exergos de una losa sepulcral se lee «aquí falleció (sic) don Fernando del Sadillo 1490», época sin duda de la primera construcción. Tablas de pintura gótica, restos del antiguo retablo mayor se ven por todas partes. Una capilla conserva los sepulcros de don Garci Ximenez y doña María de Tobar, tios del cardenal, y doña María de Cisneros y don Sancho de Villarroel, sus sobrinos.

Visitamos después, siempre seguidos de numeroso popular acompañamiento, la iglesia de San Pedro cuyo atrio circular sembrado de cantitos con arte musivario, le presta un aspecto singular y sirve como de ambulatorio al pueblo. El recinto del templo ofrece muy piadoso aspecto. En el altar mayor se vé un retablo con numerosas esculturas de un arte debido á Giralte, nombre que recuerda la capilla de la Magdalena en Valladolid. El Santo Apóstol, advocación de la iglesia, ocupa el trono principal del retablo que remata con el Descendimiento.

En la nave del Evangelio y junto á un altar se encuentra un buen sepulcro gótico florido de don Alvar, hijo de don Toribio Ximenez de Cisneros, fundador el último de la cofradía de Santiago y altar mayor. En uno inmediato á este sepulcro existe el de don Toribio, empotrado en la pared bajo un arco gótico, en el que se distingue la fecha de 1445.

Guiados por el pueblo entre el cual y bajo negras mantillinas relucían los rayos de bellos ojos, penetramos en San Facundo y nos esparcimos por sus tres amplias naves sostenidas por grandes columnas de piedra. El retablo del altar mayor pintado y dorado pertenece al arte gótico. Cúbrese las naves por primorosas labores de la rica cromática mudéjar, siendo muy notable la capilla primitiva de la iglesia con bóveda hemiesférica revestida de hermosa ornamentación del mismo estilo, labrada en 1590 á imitación de la de Alcalá de Henares, que en la iglesia de San Ildefonso guarda la tumba del cardenal. En la de Cisneros hay un sepulcro de piedra de don Antonio Rodríguez de Cisneros, primo del célebre franciscano, que después de haberle acompañado á Roa vino á morir á los tres días del gran político en 1517.

Bien demostrada está la humana flaqueza, por lo cual aconsejan los doctores irla sosteniendo con alimentos confortativos para el corazón y el cerebro, y esta verdad inconcusa se puso muy de manifiesto al pasar por la plaza de Cisneros y leer uno de los miembros de nuestra agrupación las 3 y 5 en la esfera del reloj que marcaba la una y cuarto. Otras señales de enflaquecimiento de la vista y del estómago iba el que suscribe sintiendo muy inmediatas, por lo cual el Sr. Don Victoriano Guzmán, providencia de estas comarcas, interpretando fielmente las as-

piraciones colectivas, nos condujo por el camino más corto á su morada, con tal habilidad que cuando menos lo esparábamos, nos encontramos dentro del amplio, limpio é higiénico portal de nuestra reedención, ó sea el de su casa; y al ascender por la escalera percibíamos con bastante satisfacción un olorcito que no era de tomillo ni cantueso, sino de sabroso condimento capaz de restaurar la obra más arcaica de la debilidad de estómago.

Por distintos caminos vinimos á parar todos alrededor de un dilatado plano colocado intencionalmente, sobre artísticos soportes, á la altura de los más exigentes y revestido de finísimos manteles, blancos como la nieve que se cuaja en las montañas.

Aquello era una gloria auténtica de Castilla, pues sobre los manteles vinieron á distribuirse productos muy clásicos y alimenticios, escogidos y preparados por las dos gracias más esclarecidas de la cocina castellana, sólida, succulenta, abundante y restauradora. El inocente cordero, el regalado salmón, el huevo hilado y disfrazado en mil formas, la leche de rica crema, nectar de pastoriles dioses aderezando platos exquisitos, traían á nuestra mente las alegres zagalas triscando por las llanuras para obtener del ganado la espumosa y láctea vena de las ubres abundosas. Los postres delicados, los aromosos vinos, que no pudo cantar Anacreonte, la condensada cecina, extracto delicioso de confortables carnes, los suavísimos quesos, los abundantes entremeses y los apacibles sirvientes de estas bodas del buen gusto é hidalguía, no se borrarán nunca de nuestra memoria.

Fumando excelentes tabacos y cabeceando bajo la inspiración del gratisimo presente, sorbimos el café; pero ¡ay dolor! una voz severa, la voz del deber y del itinerario, señalándonos el reloj nos arrancó á estas delicias de Cisneros y de aquella mesa, sobre la que habían derramado sus dones los campos, los aires, los apriscos, las despensas y las bodegas, rociado todo ello por la más fina cultura del espíritu, sin la cual los placeres son bestiales.

Salimos, pues, tomando en la memoria los nombres de las magas reposteras Anastasia y Micaela á cuyas apetecibles gracias nos referimos al comenzar nuestra crónica.

Sabadell no tenía ya nada más que un billete,

El regreso

—

Emprendimos nuestro regreso, pues es ley natural de las cosas inclinarse á su centro de gravedad, y el nuestro estaba en Valladolid. El Sr. D. Victoriano Guzmán tenía todo preparado, y á la salida del pueblo dispuestos los vehículos que ocupamos prontamente, pues el tiempo urgía y el tren se nos mar-

chaba. Las briosas mulas nos llevaron con gran velocidad á la estación del ferrocarril.

Una finísima lluvia pulverizada por Ceres para fecundar las plantas sin herir sus tallos caía mansamente sobre los excursionistas como caricia de la amada diosa de la agricultura, recibíendose con júbilo como se reciben todas aquellas cosas que, sin ser desagradables, no están en el programa y sorprenden al espectador.

En la estación nos acompañó el Sr. Guzmán quien nos había hecho los honores con gran exceso hasta el momento en que apareció dando resoplidos el tren que nos había de conducir hasta Palencia.

Una aclamación entusiasta salió de todos los pechos para el digno senador y exgobernador de Valladolid que con la mayor galantería continuó con nosotros dejándonos el más grato recuerdo de tan feliz día.

Llegamos á Palencia donde hubimos de detenernos algún tiempo para saludar á los amigos y recorrer los puntos de la población que tenemos grabados en nuestra alma. Allí nos obsequiaron previa y generosamente los compañeros de tan noble ciudad y nos guiaron por aquel tan interesante solar de la hidalguía castellana.

Como no había tiempo que perder, no entramos en ningún edificio, salvo en el que se nos ofreció abundante refresco y unos momentos de descanso, tan necesario para estas empresas, grandemente consumidoras de fuerza nerviosa. Somos cronistas imparciales y debemos anotar todas las circunstancias.

Nos limitamos, pues, á recorrer la población y espaciar nuestro ánimo por sus elegantes paseos con tal acierto que, siendo la hora propicia de los encantos femeninos, distrutamos aunque inmerecida-

mente de la grata contemplación de los mismos, que embellecían los jardines en competencia con el arte bello de Sabadell, el cual allí había dejado impresa su huella.

Vimos también al pasar la estación enológica que hizo más vivo en nosotros el afecto profesado á nuestro consocio Don José Cascón, su director y de la Granja agrícola, en la cual ha hecho catorce edificios nuevos y hierve en adelantos modernos. No pudimos ver á dicho señor por haber llegado al tren momentos después de la partida. A la hora conveniente nos dirigimos á la estación deteniéndonos breves momentos ante los muros de San Juan de Dios, del Manicomio y del ábside de San Pablo que admiramos. Despedímonos con gran pesar de D. Victoriano y de los amigos y partió el tren, ocupando el trayecto de Palencia á Valladolid en comunicarnos las bellísimas impresiones de esta excursión.

Al apearnos en Valladolid á las ocho y treinta y cinco de la noche, el Sr. Sabadell, que había devuelto á los excursionistas casi tanta moneda como le entregaron, nos dijo con ese aire triunfante del hombre acostumbrado á vencer dificultades:

—Ya se arregló la cuestión de los billetes: uno lo di á la ida y el otro lo he entregado á la vuelta.

Era natural y nos pareció á todos concluyente. Así vienen á resolverse las más intrincadas cuestiones.

Todo consiste en un *quid*; solo falta poner el dedo en el resorte, y nuestro compañero como buen catalán lo sabe hacer.

Que sea enhorabuena.

LUIS PEREZ-RUBÍN.



RETABLO DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO EN LA VILLA DE CISNEROS



OBRA DE FRANCISCO GIRALTE



Las numerosas é importantes declaraciones prestadas en el largo y complicado litigio sostenido por los escultores Juan de Juni y Francisco Giralte, alegando cada uno de ellos mejor derecho para llevar á cabo la ejecución del retablo en Santa María la Antigua de Valladolid, han arrojado en sus inciden-

cias nueva luz sobre la personalidad de ambos escultores, y puesto en evidencia la paternidad de algunas obras llamadas por ciertos críticos *expósitos del arte*, pues eran hijos de padres desconocidos. Ya hoy, si cabe así decirlo, tenemos la fe de bautismo de muchos trabajos esculturales pertenecien-

tes al siglo XVI, y entre ellos no pocos abarcando la quinta década de la expresada centuria, periodo en el que tantos artífices descollaron, y cuyos caracteres generales guardan tales analogías que no es fácil determinar a priori la parte que corresponde á cada uno de los insignes imagineros que trazaban y construían los abundantes retablos de esa época esparcidos en villas y lugares de los antiguos reinos de Castilla.

Por lo que hace á Giralte, tres son las obras indubitables que tenía ya hechas al llegar el año 1548; una en Valladolid, otra en Valbuena, y otra en Cisneros. Consérvase la primera en la capilla llamada de los Corrales en la iglesia de la Magdalena, desapareció la segunda como pudo comprobarlo esta *Sociedad* en la excursión celebrada al efecto; quedaba por averiguar si la tercera había corrido igual suerte ó si aún se conservaba íntegra en el sitio para donde fué ejecutada.

Teníamos el deseo de visitar la histórica villa de Cisneros con ese objeto especialísimo, y nuestro distinguido amigo D. Victoriano Guzmán, hallábase siempre propicio á acompañarnos con el entusiasta amor que se siente hacia las glorias de la patria chiquita. Pasaba el tiempo sin realizarse el viaje, hasta que el estímulo producido por nuestra colectividad excursionista hizo que llegara su hora. De como nos facilitó la tarea y como atendió el señor Guzmán á la caravana que de Valladolid fué á Cisneros, el cronista se encargará de decirlo; aquí sólo haremos presente que los informes previos que nos había comunicado respecto al retablo de Giralte, merecieron unánime asentimiento; pues la obra buscada, no es, no debe ser verosímilmente sino la que se levanta en el altar mayor de la iglesia parroquial de San Pedro.

Todos los historiadores de la villa de Cisneros señalan con encomio el retablo de esta iglesia, y escriben, porque á la vista salta, que pertenece al estilo del renacimiento. El pintor Jerónimo Vázquez decía el año 1548 que había visto un retablo hecho por Francisco Giralte en dicha villa, luego si se conserva uno de su época y estilo, este será el que mencionaban sus partidarios y defensores en la contienda sobre el retablo de la Antigua.

¿Es que el carácter de la obra acusa en algún sentido la personalidad de Giralte? ¿Podría adjudicarsele como suyo á no existir un rastro documental? Seguramente que nadie osará afirmarlo, pues Francisco Giralte por sus obras conocidas carece de estilo propio que le distinga y separe de sus compañeros. Tratárase de Juní, y cabría la discusión de si la imaginería discrepa ó se adapta á su especialísima manera de concebir y de ejecutar. Aun del gran Berruguete con ser jefe de Escuela—y tal vez por esa misma razón—se establecerá una negativa cuando las obras que se analizan no coincidan con

las altas cualidades de las que tenemos por indudablemente suyas; pero ¡cuántos errores no se han cometido al dar por de su mano retablos ó esculturas á las que fué completamente ajeno! ¿Quién separa con facilidad en la sillería de Toledo la parte que corresponde en ella á Alonso Berruguete de la ejecutada por su sobrino Inocencio ó por el propio Giralte como auxiliares de aquél? Es que los discípulos imitaban al maestro, buscaban su asimilación, seguían sus huellas, y con más ó menos fortuna como sucede en todos los periodos del arte, les quedaba innato siempre el germen de sus primeras enseñanzas.

Siendo la prueba documental única base para atribuir á Francisco Giralte el retablo de la iglesia de San Pedro, todos deseábamos verla robustecida con otras fuentes de estudio análogas que debieran encontrarse en el archivo parroquial, pues la reunión de diversos instrumentos concernientes á la misma materia, á la vez de servir para ratificar el juicio, irradian episodios é incidentes no previstos que hacen más real, más movido y con mayor novedad el hecho histórico que quiere reseñarse. Pero

CISNEROS



RETABLO DE LA CAPILLA MAYOR DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO.

(Fot. de J. Agapito)

este deseo no pudimos realizarle, porque absolutamente hallamos nada. Desaparecieron los libros de fábrica y los inventarios antiguos, el vacío más completo se ha hecho para la investigación así en San Pedro como en las otras iglesias, y no abren por consiguiente camino alguno para avanzar por el ni un solo paso. Quedamos pues, en ese punto, en el mismo sitio en que estábamos, reducidos—y no es poco—á la afirmación de Jerónimo Vázquez

CISNEROS



DETALLE DEL RETABLO MAYOR DE LA IGLESIA
DE SAN PEDRO

(Fot. de J. Agapito)

la cual nos ha conducido hasta la villa de Cisneros. Aquí existe el retablo; veámosle.

El aspecto general es grandioso y bien proporcionado, produciendo agradable impresión. Pronto se observa en la disposición arquitectónica, en la serie y tamaño de los compartimentos, en los miembros constructivos que los cierran, el carácter dominante del renacimiento antes de doblar la mitad del siglo XVI. Una vez más aparecen las columnas abalaustradas, subdivididas arbitrariamente y enriquecidas con caprichosos y bien tallados adornos; encontraremos las líneas verticales de los oblicuos lados, unas con grupos compuestos ó historias de

alto relieve, otras con figuras aisladas de bulto entero de mediano tamaño; el santo titular en el punto más importante, encima otro asunto en un gran recuadro, y coronará el retablo un busto magestuoso del Padre Eterno. Es, pues, el mismo carácter general—las pequeñas diferencias no hacen al caso—que estaba admitido y consagrado por los retablistas de aquellos tiempos; no eran ya los casetones tan multiplicados como en el estilo gótico ó en la transición al primer renacimiento, ni tan simplificados como después habían de concebirlos por el constante afán de mudanzas y novedades. Como las evoluciones nunca son repentinas en ninguna manifestación artística, resulta frecuentemente encontrar en una misma fecha obras en las que sus autores siguen fielmente las máximas tradicionales y otras en donde es muy visible la influencia de preceptos nuevos. Francisco Giralte aprendió con Berruguete, y en Italia con otros maestros muy estimados, según hacía público Miguel de Barreda; y al estilo del primero se adapta muy mucho el retablo que vemos en Cisneros.

No tiene obras propiamente de pintura ó cuadros de pincel, todo es de escultura y talla. Las composiciones historiadas á la izquierda y derecha del espectador, representan el Martirio de San Pedro, la Oración del Huerto, la Cena y el Beso de Judas; las figuras aisladas del friso son Evangelistas, y las colocadas verticalmente Profetas. También hay en la parte superior medallones ú óvalos con imágenes. En el centro y bajo un arco de medio punto está de gran tamaño la efigie de San Pedro sentado en un trono y en ademán de bendecir, teniendo de hinojos á sus lados dos Padres de la Iglesia. Encima, en cuadrado rectangularmente hay un Descendimiento. La ejecución de toda esta parte escultural, revelando las buenas máximas á que antes hemos hecho referencia, no llega al punto de que pueda confundirse con Berruguete, pues si algunas figuras aisladas le recuerdan por su corte y líneas generales, difieren mucho de aquellos acentos expresivos que en las cabezas y extremos ponía Berruguete al construir admirablemente la forma en las figuras de pequeño tamaño que formaron parte del retablo de San Benito. En el de Cisneros es de lo más selecto el grupo donde aparece el Santo, bajo cuya advocación está la iglesia, pues tiene grandiosidad y elevado estilo.

Un detalle muy significativo debe observarse en esta obra. Sobre las pilastras del friso y al pie de las columnas laterales hay dos figuras de todo bulto en actitud orante, una arrodillada y con traje talar, la otra pudiera parecer una Virgen ó una Santa; pero la colocación tan especial que tienen en el retablo hace que se suponga inmediatamente sean figuras votivas, los donantes del retablo y bienhechores de la iglesia. De ser esto cierto—y la interpreta-

ción parece muy razonable—entonces ni aun conservándose libros de cuentas encontraríamos rastro de convenios ni pagos por la fábrica, pues no haría ella los gastos sino la piadosa familia cuyas efigies colocó el escultor en lugar muy preeminente.

La excursión hecha á Cisneros dió por resultado comprobar la existencia del retablo que para dicha villa hizo Francisco Giralte antes de mediar el siglo XVI, coetáneo próximamente del que constru-

yó para la iglesia de la Magdalena. Este, más sencillo como hecho para una capilla, tiene algunos caracteres que le separan del patrón común; aquel, con mayor aparato, entra en la línea de los grandes retablos para el altar principal, y seguramente á ese tipo pertenecería el retablo de la Antigua si la Chancillería hubiese sentenciado el pleito á favor de Giralte.

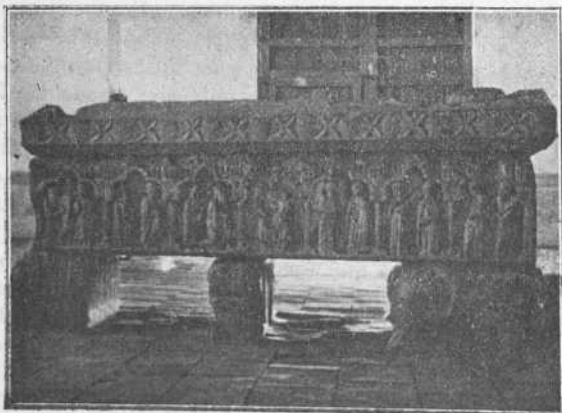
JOSÉ MARTÍ Y MONSÓ.

LA ERMITA DEL CRISTO EN CISNEROS

En excursión particular, y después de visitar la *Sociedad excursionista castellana* la villa de Cisneros, tuvimos el gusto de ver la ermita de dicha villa que se halla situada á dos kilómetros y medio de la población y que, según versiones recogidas, es resto de poblado que hubo enclavado en aquel sitio.

Es aquella de forma rectangular y de tres naves, de construcción de ladrillo bastante antigua. El ábside es de tres planos y ostenta el presbiterio un casetón mudéjar bastante conservado, de forma octogonal.

CISNEROS



SEPULCRO EN LA ERMITA DEL CRISTO

(Fot. de D. Chicote)

El resto de la nave debió tener la techumbre del mismo género, la cual una mano poco aficionada á conservar los fragmentos arqueológicos, ó por el estado de exagerado deterioro, recubrió de yeso convirtiéndola en un artesón de tres planos completamente lisos.

El santo Cristo que se venera en la ermita es gótico, y el retablo nada tiene de particular.

En el centro de la nave frente á la puerta de entrada, está colocado un sepulcro de piedra franca, que debe ser de mediados del siglo XIII. Está sostenido por cuatro leones y dos grifas, y sus cuatro paramentos ostentan una serie de arcos, en cada uno de los cuales se cobijan dos estatuillas que representan Jesús, la Virgen, profetas, apóstoles y diversos santos, excepto la cabecera que representa la huida á Egipto, y el tablero de los piés en que se esculpió la muerte del marqués que está sepultado en el sepulcro. La estatua yacente está vestida de túnica y capa, y en la mano izquierda ha tenido un alcón. La tapa sobre que está esculpida esta estatua acusa un ángulo obtuso en sentido longitudinal y por tanto, dos planos, correspondiendo á cada uno de ellos la mitad del doselete que con su columna delgada de cada lado forma el marco que encuadra la figura.

La parte exterior de la ermita tiene, en su fachada anterior, un soportal que corre desde el coro y dá vuelta al ábside, como las demás iglesias de dicha villa.

DARIO CHICOTE

EXCURSIÓN Á BAMBA Y TORRELOBATÓN

(10 DE JUNIO DE 1906)

CRONICA

I

Ah! ingratitud de las ingratitudes, falsía de los hombres, malos consejos de los amigos! á mí con croniquitas? y que sea *movida* y no dé *latas* serias y enfadosas. Nunca creí que la mala voluntad del hombre llegara á tanto. ¡Castigarme á mí con lo mismo que he castigado yo tantas veces á otros consocios! No es cierto, y para deshacer errores he de decir la verdad, pese á quien pese. Cierto que parecía que el cronista de cada excursión era nombrado por movimiento unánime y espontáneo de los excursionistas, más no llegaba á tal espontaneidad el nombramiento; la mayor parte de las veces había sido estudiada la combinación, tres ó cuatro días antes de la consabida unanimidad, por Martí y por mí, y no he de cargar yo solo con las culpas. Sí, Martí, muchas veces, con su carácter apacible y prudente, era el hombre terrible, el que proponía cronista, pero me endilgaba á mí el encargo de hacer pública la propuesta, que, es claro, se aprobaba siempre, y yo «cargaba con el mochuelo» y Martí daba una palmadita cariñosa en el hombro del *beneficiado* diciéndole con satisfactoria sonrisa:—Con que le han nombrado cronista, eh?—De ahí que don José sea el bueno, el magnánimo, y de mí se escondiesen las caras de los amigos cuando tocaba el delicado punto de nombrar cronista.

Después de expresar esta gran verdad, he de lamentarme muy profundamente de la mala jugada. ¿Qué he hecho yo para nombrarme cronista, cargo honorífico, obligatorio y gratuito, y por añadidura irrenunciable? Conspirar, ser cómplice del nombramiento de otros mis antecesores? Y ¿qué? ¿ha perdido, por ventura, la *Sociedad*? ¿decayó, acaso, el interés del relato de las excursiones? ¿bajó la bolsa y subieron los cambios con esos otros nombramientos? hoy será cuando baje el valor de la firma; y bondadoso, aunque no lo parezca, y resignado, aun suponiéndome contrariado, tomo posesión del cargo, no sin que proteste mil y mil veces de mi inocencia en otros casos, imputables al fiero Martí,

terrible repito, chismoso, cuentero, y no quito una palabra, pues él, solo él, el hombre apacible de la barba blanca, ha sido el que ha sacado á relucir todas las trapisondas de obras de arte, y se ha metido hasta en las casas, para contarnos luego lo que allí se esculpía ó pintaba, de esos *truchas* de Berruguete, Juní, Gregorio Fernández, Gregorio Martínez, Inocencio Berruguete, Giralte, Valentín Díaz, etcétera, etc.

Me parece que he descargado bastante contra Martí. Enredador él quiere meternos á los demás en los trotes de perseguir las vidas y obras de gentes que duermen tan tranquilas, desde hace muchos años, el sueño de la eternidad. ¿Quién es el malo? Digo un poco nada más de lo mucho que tengo guardado contra Martí, porque no hay quien me quite de la cabeza que él ha influido también en mi nombramiento, á pesar de estar muy lejos de nosotros; va á ser mi pesadilla.

Y en qué condiciones tan fatales me coge esto de escribir la crónica de la excursión de la *Sociedad* á Bamba y Torrelobatón. Sin haberme preparado especialmente con folios y mamotretos; sin tiempo para husmear papeles y libretos; sin sal para contar los mil incidentes del viaje; con pocas notas sueltas y con muchos apremios del amigo Gerardo, otro hombre terrible como regente de la imprenta, ¿qué voy á decir yo que se parezca á aquellas relaciones amenas de Velao, eruditas de Nicolás, detalladas de la Braña, amables de Pruneda, sabrosas de Martí, floridas de Rubín, y tantas otras más como las de Huerta, Infante, Iturralde, Asensio, Chicote, Santarén, Moreno Peral, Martín Contreras, Barruete, Cortés, ilustres cronistas de nuestros brillantes hechos? Pero vosotros lo queréis vosotros lo tendreis. Lo peor es que tienen que aguantar mis cuartillas los socios que no han tomado parte en mi *encumbramiento*, y... los pobres cajistas que se desesperan con mi letra.

¿Bastará esto para prólogo? ¿Que os ha resultado tonto? pues esperad un poco que no faltará *salsosa*.

II

Llegó, por fin, el día de la excursión á Bamba y Torrelobatón, tantas veces pensado realizar y anunciada para el 27 de Mayo último. Obligaciones ineludibles, deberes inexcusables no permitieron que el día señalado nos armásemos de todas las armas del excursionista de estas llanas tierras. Hubo que suspender el citado día la excursión y nos preparamos para quince después. Y con cuánto sentimiento, por cierto lado, la hemos realizado! Nos faltaba el apoyo y protección de Martí, nos negaba su ayuda y cooperación Sabadell, Pruneda estaba de servicio ese día, Rubín tenía que ejercer de cronista por Cigales, hasta los simpáticos é inseparables Gala y Merchán nos abandonaron, quizá, por tener otras ocupaciones; ¿qué más? Vargas, el de tan buenos recuerdos de Salamanca, se volvió á su ciudad pocas horas antes de salir nosotros carretera adelante. ¡Dios mío, qué solos!

Y dieron las seis de la mañana el 10 de Junio, y pasó un cuarto de hora más, y el carruaje no venía por mí, porque eso sí, quería darme el pisto de salir de casa sobre piés ajenos, ya que habían de esperar los compañeros en el Puente Mayor. Por algo y para algo me han hecho director de excursiones!

La impaciencia me consumía, y contra mi opinión, tuve que marchar *solo* y *á pie* hasta la plazuela de San Nicolás, punto oficial de reunión, según rezaba el papelito que nos repartieron con los detalles de la visita.

Pero las impresiones allí recibidas, á la vista del rumoroso *rio mayor*, como se llamó al Pisuerga en tiempos muy viejos (¡qué erudición!), fueron terribles. Habían marchado ya, ellos solos en un carruaje, D. Eustaquio Sanz Tremiño (le pongo don por que ejerció ese día de neófito) y el comodón Alamo, que actuaba de cajero. Les perdono la jugareta porque se adelantaron á preparar el almuerzo. Y á las seis y media salió el *grueso* de la excursión con el bondadoso Alonso (D. Pelayo); el joven contratista de obras, Lago; el representante de Suiza en la Sociedad, Matossi—(Fanconi y Compañía);—el culto y pulcro Dr. Muñoz Ramos, y el encargado de enjaretar estas líneas; total, siete excursionistas en dos grupos, y entre los siete error y horror! no dió á ninguno la ocurrencia de llevar una mala máquina fotográfica, eso que iba entre nosotros un ex-fabricante de placas. Todas las herramientas para oficiar consistían en una cinta de 10 metros y un doble metro, eso sí, bien comprobados; convinimos en que no les faltaba nada.

Acomodados como pudimos, y no podíamos ir muy holgados, se empezó la caminata, siguiendo la carretera de Adanero á Gijón, y tomando al llegar á Zaratán la de la Mota. Comentábamos muy sabro-

samente la ausencia de todo arbolado en la segunda; á alguien se le ocurrió que los terrenos que atravesábamos veloces eran poco á propósito para tales lujos, careciéndose, como se carece en aquella serie de vallejuelos, de agua por el pie; pero tampoco faltó quien echando mano del voluminoso libro de la Historia, expuso que en otros tiempos, cuando no existían Diputaciones provinciales, aunque había reyes godos, aquellos parajes, que no podían ser otra cosa que accidentes y, á lo más, estribaciones del monte *Cauro*, estuvieron poblados de espesos bosques que habitaban jabalíes, y eran regados por frescas y abundosas aguas. En mí no cabe la menor duda de esto, mucho más dicho por quien lo dijo, que lo sabe muy bien; pero no ví señales de árboles por ninguna parte, sí de trigo y cebada en abundancia; el que se llamó arroyo de Villanubla, se llamó arroyo, y el Hornija, por llamarle también algo, es decir, por ponerle motes, le llaman arroyo y Hornija. Por allí no había más agua que la que llevaba Sanz Tremiño en su bonita cantimplora de aluminio.

Una nueva forzosa observación hízonos dejar el tema y apurar otro, también muy sabroso. El fatigoso repecho para subir al páramo estaba en reparación: media carretera, á lo largo, estaba desmontada para afirmarla de nuevo: por la otra media bajaban los carros de Ciguñuela, cargados y todo, ¡qué conflicto! por un lado, nosotros que subíamos la empinada pendiente con grandes apuros, por que la carretera estaba tan mala como la que iban á arreglar; por otro lado, digo mal, por el mismo, los carros con cuatro y cinco mulas que bajaban cargados ¿quién iba á ceder? nosotros teníamos el derecho de nuestra parte, íbamos por la derecha; pero, no dudamos, dimos la razón á los carreteros, recordando, quizá, la frase aquella de «ser más bruto que un... bruto,» y tras de algunas maniobras nos pusimos en salvo y sobre la ancha planicie del páramo que comprende parte de los términos de Zaratán, Villanubla, Ciguñuela, Bamba y quizá otros más, que no recuerdo tanto, y no es poco para fiarlo á la memoria.

Sin novedad hízose el resbaladizo descenso al pueblo de Bamba, y, después de caminar los 15 kilómetros, encontramos á los simpáticos Alamo y Sanz Tremiño, que esperaban nuestro arribo, solamente por almorzar con nosotros ¡gracias!

III

Y ya todos unidos nos encaminamos á visitar la iglesia celebérrima, cuanto discutible, de Bamba.

De refilón algunas veces, otras más en concreto, pero nunca profundamente, se ha hecho observar la importancia monumental ó arqueológica de la iglesia de Bamba. En efecto, la iglesia merece una

monografía, y como hace bastante tiempo pienso en ella.... seguiré, por esta vez, pensando en lo mismo. Muy recientemente los compañeros La Braña y Pérez-Rubín se han ocupado en este mismo BOLETÍN de la iglesia de Bamba; mi colega D. Vicente Lampérez la dedicó una curiosa nota en las de «... algunos monumentos de la Arquitectura cristiana española» (1.ª serie); otros escritores antiguos, sin describirla, la calificaron de «obra de godos»; algunos ni pararon la atención en sus «llamativos» arcos de herradura... Lampérez, aunque brevemente, hizo un estudio razonado y metódico y, con las consiguientes reservas, se inclina (creo ver en él alguna duda) hacia el visigoticismo para fijar época al monumento, es decir, á la de la parte de capillas y crucero, que lo demás, las naves y la fachada de Poniente, acusa elementos propios del periodo de transición del románico al ojival, comprobado por la fecha «ERA MCCXXXIII» que se lee, entre varios rosetoncitos, en el tímpano de la puerta de la fachada de entrada de Poniente. Que allí hubo iglesia visigoda, es indudable, y lo pregona la pila de agua bendita adosada á un pilar frontero á la puerta de Mediodía; pero esa parte, la más interesante del templo, la de las tres capillas cuadradas y los tres tramos del crucero ¿es de construcción visigoda? En esos seis espacios cuadrados y rectangulares que forman la cabecera de la iglesia domina el arco de herradura; se cubre con bóvedas de cañón de perfil ultrasemicircular, á excepción del centro del crucero, que es semicircular muy peraltado; las generatrices de las bóvedas siguen todas la misma dirección, la del eje de la iglesia; las bóvedas del centro, es decir, la de la capilla mayor y del medio del crucero se elevan sobre sus colaterales; y si á eso se une la tradición constante de haber sido allí enterrado Recesvinto y el hecho de ser nombrado rey, en la entonces Gérticos, Wamba, la opinión del visigoticismo tendrá secuaces. Pero nosotros medidos los arcos de herradura, observamos su curva exagerada, y aunque no vimos el despiece, pudimos deducir que esos elementos más propios son del siglo X que del VII. La parte ultrasemicircular excede del tercio del radio de la curva; las bóvedas están hechas de materiales pequeños, adoquines de 12 á 13 centímetros de ancho; las impostitas ó escalonados de molduras que hacen de salmeres, llevan un sabor de mudejarismo ó mejor de «mozarabismo» nada sospechoso; el aparejo exterior es de sillarejo y mampuestos; caracteres que nos alejan de la época de Recesvinto y Wamba.

Todo ello se estudiará algún día con detenimiento y por ello no detallo más por hoy. Pero, claro, que he de hacer notar que esta iglesia, así como la *íntegra* de San Cebrián de Mazote, no muy distante, es de lo más interesante y curioso de la provincia; merecedora es de que se la limpie un

poco, quitando el guarnecido interior, y de que se ejecuten en ella las obras indispensables de conservación; de otro modo ni dará elementos de estudio al arqueólogo ni será otra cosa que un montón de ruinas, y de estas somos muy ricos en Castilla. Además, que la parte antigua de la iglesia de Bamba pertenece á un periodo artístico halagador para todo buen español, á un arte eminentemente indígena, original, no parecido al de ningún otro pueblo de Occidente que se inspirase en las mismas fuentes artísticas que aquellos hombres anteriores al siglo XI.

En la nave de la epístola, inmediato á la puerta de Mediodía de la iglesia, contemplamos un altarcito sobre un sepulcro gótico con inscripción, constituyendo el fondo del arco unas tablas del siglo XV, muy interesantes y de mérito. El centro del tríptico representa la Epifanía; el compartimiento del lado derecho del observador, Santa Catalina, y el izquierdo dos santos con espada uno y libro otro, que de momento no anotamos quienes pudieran representar ni nos lo dijeron tampoco. Ese altar perteneció hasta hace una veintena de años á la capellanía de los Reyes y San Andrés, cuyo patrono se ignoraba en el pueblo.

Por una puerta del brazo Norte del crucero salimos á unas dependencias adosadas á la iglesia, en las cuales, además de la capilla donde es tradición se armaban los caballeros de San Juan de Jerusalén, de quienes era la iglesia desde mediado el siglo XII (por eso su cruz en diferentes partes de ella), se ven pinturas y un letrero del XVI en otra capillita que se ha creído enterramiento de los hijos de Arias Gonzalo. Ni esta tradición, ni la del enterramiento de D.ª Urraca la de Zamora, son ciertas. Otra Urraca, la primera mujer de Fernando II de León, fué la enterrada en el monasterio de Santa María de Bamba.

El claustro conserva las dependencias abovedadas en cañón apuntado, en el lado de Poniente. En una de ellas hay una archivolta de transición; en otra ¡horror! un montón de huesos que pone pavor al espíritu más templado.

Otro ¡horror! en el centro del patio, *pegando* con el brocal del pozo se vé un sepulcro que sirve de *pila de pozo*: lleva el hueco para alojar la cabeza, lo que si dá derecho á creer que no fué sepultura de un cualquiera vulgar, tampoco puede hacer suponer que fuese la misma de Recesvinto, como se creyó. Ya fuera, en el camino inmediato detrás del monasterio, los muchachos nos enseñaron restos de otro sepulcro que dos días antes habían descubierto las torrenciales aguas que reunió un nublado.

Del *Palacio*, que estaba al Poniente del claustro, no queda nada; miserables construcciones como anejos.

Y después de conversar un rato sobre las cosas

de los godos del siglo VII y de los bárbaros del XX, decidimos marchar hacia Torrelobatón, para donde habían salido ya los consabidos Sanz Tremiño y Álamo, á los que se unió el suizo Matossi (por aquello de preparar la comida ¡siempre lo mismo!), y nos despedimos de nuestros acompañantes en el pueblo, el médico D. Andrés Conde, que ha tenido para mí atenciones muy estimables cuantas veces he visitado Bamba y que es un entusiasta de las glorias de la villa, el alcalde D. Isidoro Méndez, su señor padre, y el párroco D. Sabas Gutiérrez, á todos los cuales, y á algún otro señor que haya olvidado, agradezco, en nombre de la *Sociedad* los favores que nos hicieron y las molestias que tuvieron que sufrir. Aún les parecía poco el ajeteo en que les tuvimos toda la mañana, y quería obsequiarnos *materialmente* el Sr. Conde; pero fieles á la consigna, no pudimos aceptar el convite (á pesar de alguno, quizás) por los apremios del tiempo.

IV

Sin descansar un instante, sufriendo las molestias de otros catorce kilómetros de carretera arrasada por las tormentas de días anteriores y observando los estragos que hicieron las aguas torrenciales en Castrodeza, exactos cumplidores del programa entrábamos triunfalmente, poco después de mediodía, en la plaza de Torrelobatón donde esperaban, hacía buen rato, los compañeros *adelantados*, en unión de respetables vecinos de la histórica villa que suena como triunfo de las Comunidades.

No perdiendo momento dimos un vistazo á la población y nos encantó el carácter del pueblo. Aquella plaza con el «Arco de la villa» que separó tiempos atrás esta del arrabal, el castillo en la parte más eminente del poblado, las calles con cuevas de exageradas pendientes, los múltiples blasones de las fachadas, las irregulares encrucijadas, supusieron á algunos una villa de otros tiempos, aunque triste y melancólica, como si aun se doliera del asalto furioso de los comuneros castellanos y pronosticara grandes males al ejército del toledano Padilla, al salir precipitadamente, después de haber saboreado por largo tiempo su triunfo, con dirección á Toro y Zamora.

Estar en Torrelobatón y no recordar aquel movimiento, si insurgente, por demás generoso, sería pecado grave en un español, y en todo encontramos motivo para referir incidentes de aquellos amargos días de bravura en que las mujeres y los niños se encerraron en el castillo, para dejar más ancho campo á los leales é imperialistas en su lucha con la hueste comunera. Rindióse la villa, no sin oponer resistencia desesperada; rindióse la fortaleza, guarnecida por los débiles, ante el empuje del ejército de las Comunidades; pero de allí salió este

para ser deshecho y perder para siempre á sus capitanes en aquellas fatales horas que han inmortalizado los campos y plaza de la próxima Villalar.

Sin más preparativos, y acompañados del Alcalde D. Victoriano Izquierdo, del médico D. Julio Ruiz, uniéndonos más tarde el juez municipal D. Higinio Cisneros y su hermano el hacendado D. Jesús, visitamos las iglesias de Santa María y San Pedro.

Impresión de asombro causó en muchos de los excursionistas la contemplación de la primera, no por los restos antiguos de la parte baja de la rectangular torre, donde se vé en el interior algún trozo de archivolta del periodo transitivo del románico al ojival, y tampoco por la capilla mayor, de crucería, ni aun por dos apreciables retablos que tiene, sino por la particularidad, no muy común, de que las naves bajas están separadas de la central por dos grandes arcos de poco más de 20 metros de luz y ligeramente rebajados. Tal principalísimo detalle de la construcción del siglo XVII resulta atrevidísimo y da al conjunto cierta grandiosidad, á pesar de estar cubiertas las naves con semi-cañones con lunetos de yesería del siglo XVIII.

El retablo de la capilla mayor es una obra de escultura muy estimable del XVI ó principios del siglo siguiente. Sobre el zócalo del retablo ó *predella*, en la cual hay relieves de la Adoración de los pastores y de la Epifanía, se elevan dos cuerpos: El inferior tiene en el centro la Virgen con el Niño, sin embargo de la advocación de la iglesia que es la Asunción; en los intercolumnios inmediatos, San Pedro y San Pablo, y en las cajas ó nichos de los extremos grandes relieves con el Camino del Calvario y la Oración del Huerto. El centro del segundo cuerpo le ocupa una Piedad (la Virgen con Jesús muerto en el regazo); los intercolumnios San Miguel y otra escultura que no anotamos; las cajas de los extremos, relieves con Jesús azotado y el Ecce-Homo. Remata el retablo con el corriente Calvario (Jesús en la cruz con las dos Marías) y dos medallones circulares sobre los ejes de los relieves de los extremos con bustos de un santo fraile uno, según me pareció.

La obra es juiciosa y prudente, con los defectos propios de las obras de escultura de la época, pues al lado de detalles preciosamente ejecutados se observan otros que parecen hechos por un menos que principiante. La Braña dijo en este BOLETÍN que parecía ser trabajo muy parecido al del retablo de Simancas y bien pudieran ser los autores de este los artistas del de Santa María de Torrelobatón. Este es más rico de composición, y yo no me atrevo á decir nada sobre la materia. Lo único que sé es que para buscar algún dato de este retablo hay que acudir á Rioseco y allí es fácil que algún particular pueda ofrecer curiosas noticias.

Otro retablitto del XVI se vé en la nave del Evangelio. Parece algo más antiguo que el mayor y tiene tres estatuas que recuerdan la manera de hacer de Berruguete; pero el San Isidro, figura principal del retablo, ... ya, ya, es malísimo y moderno.

La iglesia de San Pedro es del tipo tan común en esta comarca. Tres naves separadas por cuatro columnas y bóvedas alemanas; capilla mayor cuadrada.

Tenía mucho interés por ver esta iglesia, que no conocía, y más por examinar el retablo del altar mayor, y sufrí un desencanto. El escultor Adrián Alvarez, vecino de Valladolid, fué un artista muy solicitado á fines del siglo XVI: á más de informar con Andrés de Rada, en 1589 y 1590, sobre una estatua yacente, con su cama, de Martín de Vergara que Isaac de Juní había labrado para la capilla de los Reyes de la iglesia de trinitarios calzados de Valladolid, y de dar otro juicio pericial en 1598 sobre el retablo que el escultor vallisoletano García de Arredondo había hecho para el humilladero de las Angustias en Tudela de Duero, se sabe por haberlo dicho Martí, que Adrián Alvarez en 1595 firmaba el contrato para hacer en San Juan de Sardón (iglesia derruida de Medina del Campo) «una custodia y relicario» en el altar mayor de la capilla de Alonso de Quintanilla, y en 1599, poco después de fallecer, su mujer y heredera D.^a María de Cisneros, daba el inventario de los bienes muebles en el cual se contaban las obras que dejaba Alvarez sin concluir ó no cobradas del todo quizá, y entre otras de poca importancia, se señalan en Valladolid: un retablo con esculturas y dos bultos de alabastro para San Agustín, otro retablo para San Benito el Real (fué el de San Marcos Evangelista, que terminó Pedro de Torres en 1601) y el retablo mayor para la capilla mayor del colegio de San Gabriel; otro retablo para los franciscanos de Coca y «otro retablo de pintura y escultura de la advocacion de san pedro para la villa de torre de lobaton.»

Prueba esto, como he dicho, que Adrián Alvarez era un escultor muy estimable y laborioso; pero han desaparecido sus obras y aún muchos edificios en que se colocaran, y temo que, así como el retablo de San Marcos en San Benito de Valladolid fué terminado por otro, por acaecer el fallecimiento del primer escultor, en el de San Pedro de Torrelobatón debió trabajar poco ó nada, pues en vez de ser de «pintura y escultura» como decía su viuda, allí se vén solamente pinturas, por cierto, malas en general, á excepción de dos cuadros de la parte alta del retablo (que es de grandes proporciones) que ó les favorecía mucho la luz cuando les vimos, ó realmente son muy apreciables. Es muy probable que como el retablo había de ser de pinturas y esculturas, Adrian asociase á su labor á algún pintor, como era corriente y se ven no pocos casos; murió el es-

cultor, quizá apenas empezada la obra, y suplió el pintor todo el trabajo á aquel reservado con obras de su arte. No quedó el hombre muy airoso.

Con estas impresiones, algo mustio por el desencanto, dí la voz de «á comer» y todos á una, sin necesidad de repetir la frase, me siguieron, y hubo quien se me adelantó, hacia la posada de Doroteo Reuel, en la Plaza, donde en coquetona mesa, harto pequeña, pero asaz limpia, nos sirvieron la tradicional sopa de ajo (en Junio; cosas de Alamo!) con huevos, la sabrosa chuleta, el siempre gustoso jamón, con repetición de huevos fritos, sin que faltase la fresca lechuga, el dulce pimiento morrón, el mantecoso queso, la fina rosquilla, y un vinillo que sería de Serrada ó Rueda, que los compañeros de mis derecha é izquierda decían que era excelente. Yo solo pude apreciar la buena cualidad del agua, que Muñoz se encargó de analizar por si acaso. ¿Cuándo hará el análisis? Hubo quien dijo que cuando el del agua de Bamba y quien recordó que cuando dé por terminado el de la de Tordesillas.

No llegamos á hacer conversación de sobremesa: en el *casino* nos esperaban, y allí fuimos obsequiados, creo que por el Sr. Alcalde, con café, cigarros y cognac. Llámase aquello *casino* ¡Dios santo! y ¿por qué se reunirán personas tan simpáticas y tan amables en un cuartucho donde no hay ni aire que respirar? conversación amena, ingenio, ilustración, arte musical, todo eso reunen los pocos socios del *casino* y todo lo han de dejar encerrado entre las cuatro tapias de un *salón* de nueve metros cuadrados á lo sumo. ¿Es que se necesita estar hombres solos? Aquellos frescos zaguanes, aquellas plácidas cocinas, donde según la época, se hacía la tertulia, no abandonando las señoras mayores la paciente labor y las muchachas el prolijo bordado de su ajuar de novia, empezado, muchas veces, antes de tomar amores, desaparecieron en absoluto. Dicen que son necesidades de los tiempos las costumbres de ahora; tienen otro calificativo; pero no divagueemos, que aún tenemos que subir á lo más alto del castillo y allí se puede fantasear de lo lindo, por lo mismo que los tiempos no le juzgan necesario.

V

Hacia el Norte de la villa nos encaminamos y aquellos de mis compañeros que por vez primera contemplaban las tostadas piedras de la mole del castillo quedaron asombrados, por que fuera de las defensas exteriores que por parte de N. y O. han desaparecido y solo se inician en algunos puntos los taludes del foso que contorneaba la fortaleza, todo parecía intacto por el exterior y se tributó, por lo mismo, un elogio al Excmo. Sr. D. José María de Semprún, actual poseedor del castillo.

Es este de planta cuadrada con sendos cubos

circulares en tres vértices y la hermosa torre del homenaje en el ángulo S E, de planta cuadrada también esta, como era de rigor.

Chocó á mis compañeros que las altas cortinas, cubos circulares, que dominan bastante al adarve, plataforma de la torre, y las ocho garitas del remate de esta, se terminasen de igual modo: con buenos modillones y matacanes en casi todos los elementos, pero con parapeto corrido, no almenado. Les expliqué como pude el acomodo de la obra á la ballesta y armas portátiles de fuego, no á la artillería, lo que dá una fecha aproximada de la construcción de la obra, y no es tan antigua como algunos han supuesto.

En lo alto de la torre tributamos un recuerdo á nuestro D. Antonio de Nicolás, quien, seguramente, dadas sus aficiones nos hubiera regalado con un estudio tan minucioso como interesante del castillo. Yo solo puedo pasar de corrido sobre tan venerables restos.

La vista se extiende largamente desde la plataforma superior y rodeado de los ocho garitones que la guarnecen, á los cuales hay que subir aún mediante unos cuantos peldaños de desgastada piedra, puede uno suponerse toda la vida de exquisita vigilancia y penoso trabajo que llevaría la guarnición en tiempos de revueltas y asonadas. Desapareció de la torre el piso que tenía de madera, pues la estancia inferior, así como la superior, se cubre con fuerte bóveda; desaparecieron las galerías interiores donde estaban los aposentos de la guarnición; pero queda toda la obra de piedra y ella nos bastó para darnos la importancia del castillo. Los cubos de los ángulos tienen el interior sin macizar y nos dijeron, lo de siempre, que eran las prisiones, etcétera; no sé si convencería á los acompañantes de que el carecer de escaleras no era signo de prisión; expuse mis escasos conocimientos sobre la materia é hiceles ver que la larga escalera para subir de la planta del patio al adarve estaría oculta con las habitaciones, así como disimulada en el grueso del muro, aunque le debilitara. Expliqué el mecanismo de la puerta situada al E. inmediata á la gentil torre del homenaje, la importancia de la poterna defendida por barbacana, que está al N. muy baja, al enras casi del foso, que no creo circunscribiera todo el castillo, y examinamos, por último, los escudos de los garitones que pertenecen al poderoso señorío de los Almirantes, y algunas ventanas y puertas en la torre con el arco de conopia, que nos dice no pudo adelantarse la obra al siglo XV muy avanzada ya.

El ilustrador de los castillos de la comarca, el Sr. García E. Cobar, expuso en el «Semanao pintoresco español» que este castillo era del siglo XII, y se basaba en las ojivas rudas y en el predominio del arco bizantino, es decir, en el arco semi-circular. Pero á más de lo que hago observar, y es bastante,

no se fijó Escobar que en 1334, según la crónica de Alfonso XI, se decía que «en la villa de Torre de Lobaton non avia castiello nin alcazar nin otra fortaleza ninguna apartada», viéndose en 1445 que es condenado el Almirante de Castilla á dos años de reclusión en la fortaleza de Torrelobaton por haber hecho armas contra D. Juan II en la batalla de Olmedo.

Muchas más curiosidades observamos; pero no voy á contarlo todo, no os asustéis, que termino en seguida; estábamos cansados ya y considero á los lectores aburridos de aguantarme esta insulsa crónica. Fatigados y todo tuvimos alientos para reposar unos instantes y ver algunos privilegios de confirmación de mercedes reales en el archivo municipal. *Hicimos* allí algo de historia, pero ni estoy para historias ni para privilegios; todo me lo guardo para sabe Dios cuándo.

Atravesábamos la Plaza Mayor, aquella que separaba la villa del arrabal donde tuvo que aceptar modesto albergue Juan II al cerrarle, por primera intención, la entrada del castillo en 1445 y... sonaron ayes lastimeros, que así nos parecieron breves notas de un clarinete. Iba á ser el baile dominguero, diversión semanal y deseada de la gente moza. Se posesionaron los artistas de un balcón de la casa de Ayuntamiento: un cornetín se apoyaba en la moqueta del hueco, un bajo en el antepecho de hierro y comenzó un paso-doble de magnífico efecto: eran seis músicos y de ellos tres cornetines. Las mozas todas, confundidas las *clases*, ocuparon el rincón de la plaza, los mozos las proximidades del «arco de la villa» y siguió á poco un contoneo que nos hizo apresurar la salida. Hubo, y no señalo á nadie, quien protestó, á pesar de que teníamos que recorrer 29 kilómetros, de la rápida despedida; quería despedirse de las simpáticas muchachas.—Otra anomalía,—me dicen al oído— bailar á lo *abrazado* (dijeron á lo *agarrao*; la verdad sobre todo) á la sombra del castillo, ¿para cuándo dejan la agria, pero clásica dulzaina?—Indudablemente, vámos progresando.

Las despedidas fueron afectuosas, como no podía menos, y al son de los algres cascabeles de los jacos retozones y valientes contestaron mozas y mozos con *adioses* que no demostrarían nada, pero que nos conmovieron.

El regreso se hizo muy bien, mejor que la ida; al ganar la altura del páramo se merendó cómo no si Álamo fué el organizador de la menestra? pero se merendó sobre la marcha, que la noche se echaba encima y... alguno una siestecita patriarcal. Se amortiguaban los bríos así que veíamos más próximas las lucecillas de la ciudad ¿por qué sería ello? ¿porque nos esperaba el rudo trabajo cotidiano? no lo creo; el secreto era otro, y ya no es secreto; fué por que excursión tan distraída y sabrosa (eso

es, *sabrosa*) necesitaba de otro historiador, por de pronto, tan veraz, pero por de luego, con más sal y pimienta que las averiadas que os he servido. El consuelo que puedo ofrecer es que para la próxima influiré para que me sustituya en el cargo tran-

sitorio Martí, y entonces tendréis canela fina, pero por arrobas. Así me vengo de esta mala partida que me han jugado y yo os trasmito.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

PORTILLO

(Continuación)

La torre de San Juan Bautista

A principios de Marzo del corriente año 1906, pocos días después de escritas las anteriores líneas, tuve noticia de que la inminente ruina de la torre exigía una pronta demolición, que salvase al templo y evitara peligros al vecindario. No me contentaron ya los escasos datos en aquellas comprendidos con la esperanza de que fueran rectificadas y ampliadas por cualquier inteligente visitante de Portillo. La anunciada desaparición de un monumento obliga á muchísimo más. Pedí enseguida numerosos detalles al bondadoso párroco y le recomendé que consiguiera algún dibujo ó fotografía (1) de la torre y, como fruto de la constante correspondencia que hemos sostenido en dicho mes y en el siguiente Abril, ofrezco al lector el presente capítulo, que suplirá á lo posible la falta del apetecido fotograbado (2).

Poco más de siete metros tiene de anchura la cuadrada torre, según puede comprobarse en la parte baja, que no ha sido derribada, y unos veintitres media desde la línea de tierra hasta la sencillísima y poco saliente cornisa de ladrillo, elegante sostén del tejado á cuatro aguas. En el centro de

éste, á tres metros sobre la última, remataba el monumento con una gallarda veleta de hierro, en cuya barra horizontal y giratoria se erguía el acostumbrado gallo, símbolo de la vigilancia (1), cerca de la banderola en que terminaba por el extremo opuesto á la punta de saeta, indicadora del viento reinante. Mayor elevación alcanzó por el frente Oeste, perdiendo en belleza y armonía, cuando, en el remate de dicha cornisa y junto al lado Sur, se levantó un arco semicircular de ladrillo sobre fuertes pilares de hiladas de piedra, desagradable apéndice que tuvo cuatro metros y medio de altura, sumando desde entonces casi veintiocho la total de la construcción.

Con la espadaña referida, cuyo hueco, de tres metros de alto por uno y treinta centímetros de ancho, sirvió de alojamiento á la gruesa campana del reloj, ha de relacionarse íntimamente el aumento de resistencia dado al ángulo S. O. de la torre, formado por hiladas de sillarejos y rebustecido con el cilíndrico estribo (2) de mayor aparejo, que algunos excursionistas del 15 de Octubre creyeron, por su vetusto aspecto y gran desarrollo, resto de antiquísima obra

(1) Muchos siglos hace que el gallo luce en lo más alto de las iglesias de la Europa Occidental. En la décima centuria describe Walstan poéticamente el que estaba sobre la torre de la iglesia edificada en Winchester por el obispo Elfege. La décima tercera declaró su sentido simbólico: es el vigilante que anuncia la luz, el predicador inflexible que despierta á los pecadores y se vuelve contra el viento y resiste á los enemigos de Dios. El gallo dió nombre á muchas torres en los templos medioevales. Con razón lamenta Viollet-le-Duc que vaya desapareciendo de éstas y no corone las modernas construcciones religiosas.

(2) D. Félix Zurdo y el maestro y los obreros que han derribado la torre, lo creen simple estribo y posterior á ésta. Tal opinión es muy de tener en cuenta, por los muchos datos en que han podido fundarla, á causa de los trabajos de demolición, y contradice las impresiones de algunos excursionistas inteligentísimos, que carecieron de tiempo y de motivo para un exámen serio y profundo de la torre. De ellas me hice eco en LA CERCA DE LA VILLA.

(1) Por percances y desgracias que no merecen referirse, resultaron inaprovechables para el fotograbado las fotografías obtenidas por D. Policarpo Mingote y D. Antonio Asensio en las excursiones de 15 de Mayo de 1904 y 11 de Abril de 1905. Mejor suerte tuvieron las sacadas por D. Juan Agapito en 15 de Octubre del último citado año, pero no obtuvo ninguna de la iglesia y torre de San Juan Bautista.

(2) En defecto de fotografía, imposible de obtener porque en la primera mitad de Marzo desapareció la parte alta y más artística de la torre, el Sr. Zurdo me remitió ligeros dibujos de los frentes de ésta, debidos á D. Florentino Domínguez, maestro albañil encargado del derribo, que si no han sido aprovechables para fotograbados, me permiten casi reproducirlos en pesadísima prosa.

fortificada. ¿Cuándo se verificó modificación de tanta importancia material como deplorable efecto artístico? No parece desacertado pensar en el siglo XVII, época de las grandes obras indicadas por las bóvedas del templo y las inscripciones referentes á la fundación de Aguilar. A ello no se oponen los referidos datos constructivos, ni los tres sencillos adornos (1) que coronaron los pilares y el arco de la espadaña, ni la propia expresada campana, seguramente fundida en 1513 (2) porque esta fecha no señala que á principios de la décima sexta centuria existiera la espadaña, puesto que aquella pudo estar muchos años sin ser utilizada ó, mejor acaso, colocada en otro adecuado lugar.

Anterior, sino contemporánea, á la estudiada modificación, debió ser otra, también desgraciadísima, que despojó á la torre de su bóveda de ladrillo guarnecida de coloreados azulejos. Tres de estos, negros, blancos y verdosos, de figura exagonal y simétrica, cuatro de cuyos lados, algo mayores que los restantes, forman ángulos opuestos de 60 grados, han parecido en la mencionada cornisa, á la vez que el derribo del tejado descubría el arranque de la antigua bóveda. Mejor que al capricho ó la novedad, ha de creerse que obedeció tal reforma á la debilidad de las paredes, que eran en gran parte (3) de *hormigón ó tapia calicostrada* y quizá sin enlace en los ángulos hasta que estos fueron revestidos de ladrillo, de menor á mayor y de abajo arriba, á excepción del S. O. donde la piedra subía desde la línea de tierra hasta el arco de la espadaña, cortando la tapiería y también la zona de ladrillo inmediata al tejado (4).

Un metro y diez centímetros era el espesor de la

(1) Eran los tres iguales, de medio metro de altura y terminados en punta.

(2) Tiene una inscripción que dice: *Ecce crucem Domini fugite partes adversæ vicit leo de tribu Juda radix. Ficiéronme año mil e quinientos y trece años.* Tras el exorcismo litúrgico, dedicado á la cruz grabada en la campana, y el año en que esta fué fundida, hay otra inscripción más difícil de leer. *Depositada señales del concejo,* entiende el Sr. Zurdo y fundado en ella el Ayuntamiento se ha llevado la campana con idea de colocar el reloj en la Plaza de la villa. Si así lo verifica, pretende el párroco cambiarla por otra de las que había en la torre, á fin de que ocupe la consabida campana, en la espadaña que se construirá sobre los restos de aquella, el lugar que ocupó en la derribada.

(3) Bajo la cornisa había una zona de ladrillo con arquería ciega que pronto describiré. La parte baja de la torre, hasta unos diez metros del suelo, era de piedra, salvo en el frente O. donde esta sube más de once metros, á cuya altura se levantará la proyectada espadaña.

(4) Sobre la parte baja de la torre, que era toda de piedra, se construyó de sillarejo el indicado ángulo. Ocupaba este material un metro en el frente Sur y gran parte del de Poniente, donde la línea divisoria entre el mismo y los otros indicados materiales no era vertical, como en el Sur, sino irregularísima, pues llegaba, al principio, á rebasar la mitad de la anchura de la torre y se dirigía después, sinuosamente, hacia el Mediodía, hasta llegar á la cornisa, á la que cortaba solo en un metro.

tapiería (1) que constituyó la parte media de la torre y formado por dos paredes bien distintas, aunque inmediatas, casi *pegadas*, según ha demostrado la demolición de ellas á los encargados de verificarla. En los cuatro frentes tenía la interior ochenta centímetros y la exterior los treinta restantes. Esta fué la primeramente construida, atendiendo á que *aparecía dada de llana por dentro, lo que no hubiera sido posible precediéndola la interior.* Así lo afirman los aludidos encargados y testifica D. Félix Zurdo, sin encontrar explicación satisfactoria á tan rara duplicidad de paredes. Mayor extrañeza les produjo aún el descubrimiento de lo que desde luego creyeron la *edificación primitiva.* Bajo las descritas de *hormigón ó tapiería*, á once ó doce metros sobre el terreno, próximamente á la altura de las inmediatas bóvedas del templo, encontraron el ansiado *firme* y se detuvo la piqueta en lo que resultó una especie de *antepecho* (2) de un metro quince centímetros de altura y treinta ó cuarenta centímetros de espesor, tras del que los gruesos muros de piedra *peñascosa* de la parte baja de la torre forman un *corredor* común á los cuatro frentes. No se observan vestigios de escalera para subir á este, ni de crestado ó de saeteras en el *antepecho*, pero todas las antes expresadas circunstancias llevan á pensar en una antiquísima obra defensiva é hicieron creer unánimemente á los descubridores que *estuvo sola, sin edificio alguno junto á ella* y que *serviría de mira ó atalaya en tiempo de los moros*, palabras que muestran á maravilla toda la rareza y vetustez por aquellos observada.

De bellissimo efecto fueron los 36 arcos ciegos (3) de ladrillo y de medio punto, que coronaron al monumento bajo la ya descrita cornisa. Un metro tenían de alto y cuarenta centímetros de anchura é igual á esta era casi la distancia que á unos de otros separaba. El mismo material formó los cuatro ó cinco últimos metros de la torre, salvo en el ángulo S. O. donde la piedra reemplazó al ladrillo desde la modificación consabida. Gran parecido mostraba la descrita ciega arquería con las tres que existen, en la parte exterior del muro oriental del presbiterio, indicando así homogénea procedencia los puntos más lejanos del edificio, ya clasificado en su anterior fábrica, á la que corresponden los mencionados característicos arcos, como obra del siglo XIII

(1) *Hormigón* dice también Don Félix Zurdo, empleando tal palabra como sinónima de *tapia calicostrada*.

(2) Sobre este se levantaba la pared de treinta centímetros de espesor.

(3) El frente Sur conservaba siete y el de Oeste solo seis, á causa de la consabida obra verificada en el ángulo que ambos forman, pero la situación de los arcos demostraba que estos fueron nueve en cada uno de aquellos, como en los demás lados.

y del estilo románico de ladrillo, diferente del mudéjar y genuinamente castellano.

Al bosquejar las modificaciones sufridas por la torre y describir la arquería que la coronaba, he ido precisando los materiales de que aquella se componía. La variedad de estos y la debilidad de alguno, como el *hormigón* de las dobles paredes, demuestran forzada economía, aún dentro de la pobreza de aquel tiempo, y también que ha durado mucho más de lo ordinario la parte derribada, á pesar de los repetidos abusos y errores de los antiguos encargados de conservarla, de los huecos inútilmente abiertos ó ensanchados, de las grandes vigas que entraron en las paredes y hasta de algunas alacenas tan impropias como profundas, todo lo que aminoró poco á poco la resistencia de la parte media del monumento, precisamente la de tapiería, que debió permanecer íntegra y ser con cuidado reparada. Los seis de aquellos apropósito para campanas tenían arco semicircular y sus claves á igual altura en la consabida zona de ladrillo, á la que correspondieron, casi por completo, los dos situados en los frentes Norte y Sur hacia el Oeste, mientras que los cuatro restantes se prolongaban, en más de una tercera parte, por las paredes de *tapia calicostrada*.

Uno solo de dichos seis huecos, y con gran campana, ostentaba el lado Oeste y otro idéntico, sin ella, el opuesto de Oriente, ambos en los ejes respectivos, pero á todos los de la torre superaban en magnitud, pues si en altura se acercaban á los tres metros y eran iguales á los situados en los frentes Norte y Sur, hacia el Este, casi doblaban en anchura á los mismos y también á los otros dos inmediatos á Poniente, no tan altos y antes mencionados (1). Los dos huecos del Norte y el mayor del Sur tenían sendas campanas, siendo las de aquellos menores que la del último. Además de los seis referidos, había dos de poca luz, (2) uno al Este y otro al Poniente, al terminar la zona pétreo ó parte baja de la torre y en los repetidos ejes.

Dos puertas perforaron los muros de la torre, ambas de arco de medio punto. La una, tapiada hace muchísimos años, daba al coro de la nave mayor, y la otra, que aún existe, se abre en el frente Este, en la nave de la Epístola. Tres escalones hay

que subir desde la iglesia para llegar al suelo ó planta de la torre, de donde arrancaba la escalera de madera, *de tramos de ida y vuelta* que, sin interrupción alguna, llegó hasta las campanas y ahora, sino ha sido por completo deshecha, terminará á la altura del firme sobre que ha de levantarse, en el lado de Poniente, la proyectada espadaña (1).

Aquí terminan los datos referentes á la torre de San Juan Bautista, conseguidos á medida que era derribada. Bien nutrido de ellos va el presente intercalado capítulo, á pesar de las dificultades que engendra la distancia, dicho sea en honor de mis dos *proveedores*. Varias veces he confrontado las cuartillas por mi escritas con los dibujos y explicaciones del portillano D. Florentino Domínguez, remitidos por D. Félix Zurdo, y con las cartas de este y los cuestionarios que le envié, siempre contestados y devueltos escrupulosa y rápidamente. Ningún detalle se quedó en el tintero y hasta he repetido muchas de las palabras que á mi llegaron, para que la impresión de los que siguieron paso á paso el derribo no aparezca desfigurada por el empeño de traducir aquellas al lenguaje de los técnicos. Tu, lector curiosísimo y amante de la arqueología—que lo eres, de veras, si has estudiado atentamente todo este pesadísimo trabajo—perdonarás generoso cuantos defectos notes, pensando en la fatigosa labor que he realizado, y de seguro que adivinarás, entre líneas y con tu gran cultura, algunas cosas para mi desco nocidas por falta de preparación adecuada.

**

San Juan Evangelista

Así se llama la única parroquia que ha tenido y tiene el populoso Arrabal. Desde la villa, á vista de pájaro, parecerá obra moderna, al no experto en la materia, con sus casi flamantes tejados, sobre todo el de á cuatro aguas de la torre, que se levanta á los piés de la iglesia, en el lado del Evangelio. La fábrica de esta, como ocurre con frecuencia en Castilla, corresponde á dos bien determinadas épocas. Modesta y agradable es la portada, de ya avanzado Renacimiento y próxima á la torre en el correspondiente muro lateral, mostrando, en amplio nicho, la imágen del discípulo amado, bajo triangular frontón y encima de un arco de plena cimbra

(1) El lado de Poniente es el único que presentaba por completo la torre á la vista del visitante. Al Norte está la nave mayor del templo, al Este la de la Epístola y al Sur la sacristía, que apoya la parte alta de su tejado de una sola vertiente en el fuerte muro de la torre. La sillería de la parte baja de esta parece *reforma* á los que derribaron la superior.

(1) Los dibujos que me remitió el Sr. Zurdo están á escala y me permiten precisar las dimensiones de todos los huecos. La anchura de los de Este y Oeste era un metro treinta y cinco centímetros y la de los de Norte y Sur ochenta centímetros. Los dos huecos de cada uno de los dos últimos frentes estaban equidistantes á setenta centímetros de los respectivos ejes. Los de menos luz, situados hacia Poniente, medían un metro ochenta y cinco centímetros de altura, y el del Sur carecía de campana.

(2) Noventa centímetros de altura y cuarenta y cinco de ancho. Eran de plena cimbra, como todos los de la torre, y perforaban la zona de tapiería.

que ostenta en la clave el año 1570, señalando, sin duda, el en que terminó la descrita portada. Al mismo estilo pertenecen las tres naves del templo, cubiertas con bóvedas de arista, apoyadas en pilares cilíndricos y cuadrados, salvo el último tramo de aquellas, que las tiene articuladas, con terceletes y ligaduras, y sobre pilas octogonas, igualmente que la inmediata capilla mayor, demostrando ser construcción del siglo XV, quizás interrumpida, por falta de recursos, y continuada en el XVI con arreglo al gusto entonces reinante, bien diferente del que dominó en la anterior centuria. Añadiendo que la robusta y cuadrada torre presenta, en cada lado de su último cuerpo, huecos gemelos, dispuestos para las campanas, y que el coro es alto y ocupa uno de los consabidos tramos, á los piés de la iglesia, concluyo el ligero estudio arquitectónico de esta y paso á otro más interesante: al de los dos retablos con que todavía se engalana.

El más grande, el del altar mayor, de mucho aparato escultórico y dividido en tres zonas, puede estimarse de mediados del siglo XVI y de excepcional interés, porque algunas de sus tallas recuerdan á dos gigantes de la región; al francés de origen, pero vallisoletano en vida y obras, Juan de Juni; y al castellano italianizado Alonso de Berruguete, Escribano en la Chancillería, para honra de tal oficio, astro de primera magnitud, desde luego el más famoso, en el español Renacimiento. Manos alevés, acaso con intención piadosa, han sustituido algunas estatuitas por otras más modernas, inferiores en mérito, y puesto en el sitio de honor, ocupado por el santo titular, un nicho barroco. Luce sobre este un hermoso *Descendimiento* y, en lo alto, coronando la parte central, el acostumbrado *Calvario*, Jesús en el afrentoso suplicio entre los dos ladrones, también crucificados. Seis estatuas, tres por cada lado, flanquean dicha parte, y entre ellas y las elegantes columnas con que el retablo termina lateralmente, hay otros tantos bajos relieves que hubieran sido expuestos á la admiración del lector, mediante dos fotograbados, de no salir tan mal, por falta de luz y de contraste, los clichés obtenidos al efecto por D. Juan Agapito y Revilla (1).

Más favorable fué la fotografía al retablo colateral, situado en el testero de la nave de la Epístola, y ella me releva de una detallada descripción; pero no de indicar que parece algo posterior al de la capilla mayor, aunque seguramente del XVI, sin que á tal opinión se oponga el que se lea en dos tarjetas, en la estrecha *predella*, «Año» «1688». Si esto declarase cuando se construyó ó terminó toda

la obra y no, como ha de presumirse, solo alguna modificación ó reparación, habría que admitir el extraño fenómeno, inexplicable para la crítica artística, de producirse en plena decadencia lo que, en conjunto y en sus más delicados detalles, denota pertenecer á los buenos tiempos de la genial escultura castellana.

Acabo los renglones á la iglesia de San Juan Evangelista dedicados, mencionando la elegante falleba de su puerta y la hermosa *Purísima* de talla colocada en barroco retablo, en el testero de la nave del Evangelio, y repitiendo lo que me escribió admirado el ilustradísimo Director del BOLETÍN, á raíz de la excursión general que se verificó el 15 de Octubre: «solo por ver los retablos que *todavía* guarda la parroquia del Arrabal, se puede ir de Valladolid á Portillo». ¿Habrá algún entusiasta consocio que se atreva á registrar el archivo de ella, si por acaso existe, en busca de fechas ciertas y de nombres de artistas?

PORTILLO



RETABLO COLATERAL DE LA NAVE DE LA EPÍSTOLA
DE SAN JUAN EVANGELISTA

(Fot. de J. Agapito)

(1) A este debo cuantos datos apunto sobre el descrito retablo y casi todos los que consigno respecto á la iglesia de S Juan Evangelista, así como la depuración y rectificación de otros, verificadas mediante frecuentísima correspondencia. Sirva esta nota para manifestarle públicamente mi profunda gratitud.

Retablos de la Catedral de Valladolid procedentes de Portillo

Bien conocidos son de la inmensa mayoría de los lectores del BOLETÍN, por el sitio de honor que en el no acabado templo metropolitano hace cuarenta años ocupan, y no intento *descubrirlos*, sino anotarlos muy á la ligera, en beneficio de quienes no los hayan visto, y consignar aquí su indiscutible portillana procedencia, que me obliga á darles cabida precisamente en este lugar, entre la iglesia de San Juan Evangelista y el convento de la Fuente Santa.

Sobre enorme, sencillo y dorado zócalo, cuya desusada altura quizás indica que se ha querido dar al conjunto de la obra más elevación de la que primitivamente tuviera, cuatro grandes columnas salomónicas, sustentadas en repisas, con otras superiores y de menor diámetro, limitan lateralmente las tres partes del retablo mayor de la catedral vallisoletana, compuesto, horizontalmente, de solo dos cuerpos iguales en ancho, pero doblando casi en altura el primero al segundo. Llena el centro de este *Santiago en Clavijo* y el de aquel *la Asunción de la Virgen*, ambos asuntos en pintura, y ocupan análogo lugar, en las mucho más estrechas partes flanqueantes, arriba, sencillos adornos, y abajo, las imágenes de San Pedro y San Pablo, de tamaño mayor que el natural y situadas en los lados del Evangelio y la Epístola, respectivamente.

En los muros laterales del presbiterio de la misma catedral, presididos por el retablo antes descrito que ocupa el testero, hay dos altares gemelos, el uno frente al otro, cuyos barrocos insignificantes retablos que pueden atribuirse al siglo XVIII, no superan en altura al consabido zócalo, y solo se diferencian en la imagen, de dimensiones algo más que *académicas*, que cada uno de ellos alberga en nicho flanqueado por salomónicas columnas. La del vallisoletano Simón de Rojas, en el lado de la Epístola, muestra la mano derecha alta y cerrada, como si hubiera tenido báculo; la izquierda, con florido ramo; el hábito blanco y la cruz azul y encarnada de los trinitarios, que recuerdan con dichos tres colores el misterio de donde tomó su nombre la famosa orden redentora de cautivos. San Pedro Regalado, hijo ilustre y patrón de Valladolid, vestido con su hábito de franciscano y teniendo un báculo en la diestra y un libro cerrado en la siniestra, ocupa igual sitio en el retablo correspondiente al muro del Evangelio.

Don Manuel de Castro Alonso, en su concienzudo EPISCOPOLOGIO, más de una vez citado con merecido elogio en este BOLETÍN, dice literalmente: «A él se deben (refiriéndose al cardenal Moreno, entonces Arzobispo de Valladolid) el retablo mayor y los

dos colaterales que actualmente hay en la catedral y que, procedentes de la iglesia parroquial del Arrabal de Portillo, ofreció en Julio de 1865, contribuyendo con una buena limosna á las obras de restauración y colocación, teniendo la satisfacción de que se estrenasen el día de la Purísima». No faltan viejos portillanos que, por meras referencias, afirman que el consabido retablo mayor perteneció al convento de la Fuente Santa. ¿Pasaría desde este, exclaustros los frailes, á la parroquia de San Juan Evangelista? ¿Fue ampliado ó modificado para adaptarlo mejor al gran espacio que adorna en la Catedral vallisoletana? ¿Qué artistas intervinieron en la restauración y en qué consistió esta? Al nombrado Sr. Castro, canónigo archivero de aquella y respetable amigo y consocio, brindo con preferencia la tarea de contestar definitivamente las anteriores preguntas, de resolver cualquiera otra duda originada por las mismas y de rectificar los errores en que es fácil haya incurrido, quien describe desde muy lejos, *traduciendo* borrosos apuntes, tomados á escape y con lápiz, y esforzándose extraordinariamente para *hacer memoria*.

El Convento de la Fuente Santa

A un kilómetro del Arrabal y al S. E. de la villa, el viajero que marcha por la carretera, desde aquel hacia Cuellar, encuentra á su izquierda un terreno defendido por fuerte cerca de piedra, en forma no acostumbrada en la comarca, y divisa en el fondo de este, un extensísimo edificio ó, mejor, la reunión de varias construcciones nada interesantes á los ojos del artista. Si detiene su paso, extrañándole la mencionada cerca y, abandonando el camino, la rodea hasta llegar á las últimas, sin retroceder al reparar que parecen las distintas partes de un abandonado fabril establecimiento, bien pronto encuentra gran puerta de dos hojas que, bajo las dovelas de un arco carpanel, indica que no fué primitivamente destinada á las necesidades de una industria. Entre por ella y observará, á su izquierda, bien cultivado huerto, sembrados que se prolongan, hacia el Sur, hasta el lindero con la carretera, y á su derecha, diferentes ruinosas dependencias y las fachadas, en línea, de algunas casas humildes en cuyos zócalos se apoyan, como cansados obreros, las piedras de moler que antes vertiginosamente voltearon movidas por el vapor.

Si el curioso caminante interroga á cualquier viejo portillano, este le dirá que varias de aquellas deshabitadas edificaciones se construyeron con materiales del famoso convento de la Fuente Santa y que las otras son las mismas en que los religiosos moraron

durante siglos bajo la regla de San Agustín, hasta el segundo tercio de la pasada centuria. Nada artístico podrá allí mostrarle, pero acaso le indique donde se encuentran ornamentos y esculturas de su iglesia y de seguro le referirá que esta y el convento fueron vendidos como *bienes nacionales*, á consecuencia de las leyes desamortizadoras, y después reformados y utilizados para fábrica de harinas y de rubia hasta hace veinte años. Acabáronse, pues, tras de los rezos y cánticos y las armonías del órgano, el alegre ruido de los obreros y el monótono son de la maquinaria. Solo interrumpen ahora el silencio de tan solitario campo, los pasos de algún caminante que se acerca buscando la fuente que dió nombre al convento. Pronto la encontrará sin pasar el umbral de la puerta. A poca distancia de esta, hacia el ángulo N. E. de lo edificado, el agua en otro tiempo milagrosa, baña los piés de ancha escalinata de piedra y se ofrece límpida en cuadrado depósito (1). Allí acudieron las portillanas á llenar sus cántaros hasta que la moderna industria, hace pocos años, llevó tan necesario elemento á las calles de la villa desde un manantial ó pozo inmediato al arroyo Viñuelas, extinguiéndose así las risas y las coplas, los gritos y las quejas, los odios y los amores de que era mudo testigo la fuente santa y quedando definitivamente sancionada la soledad de aquellas ruinas. ¿Cómo retirarse de estas sin admirar, al Norte del exconvento, la gigantesca olma de enorme tronco (2) y extendidas ramas, secular dosel de graves religiosos, fresco refugio entantos ardorosos estíos y alcázar el más seguro de los pájaros comarcanos? Poblada se ve de estos como en sus tiempos mejores. Ocultar parece su vejez cuando Mayo le devuelve su verde pompa, encubridora de amorosos trinos y de breves é inquietos vuelos; más... ¡cuán insegura es ya su vida! El hacha del leñador le amenaza y quizá pronto, abandonada y casi caduca, sin respeto á su grandeza ni á sus pasados servicios, sufra la misma ingrata suerte que el convento y se vea cortada en trozos y hasta convertida en cenizas.

* * *

La cruz del pelicano

En la falda de una suave y desnuda loma, rompiendo con su elegante silueta la monotonía de un paisaje genuinamente castellano, es la última nota ar-

(1) Sobre la bóveda de plena cimbra que lo cubre pisa una de las dependencias del repetido edificio. La escalinata está cubierta por un tejado y tiene nueve escalones y más de dos metros de anchura.

(2) Mide seis metros y veinte centímetros de circunferencia, á un metro del suelo, y más de trece metros al nivel del último.

tística que ofrece Portillo al viajero que marche hacia Valladolid, á medio kilómetro del Arrabal y á doble distancia de la villa, en el punto donde el camino llamado del Norte, que sube á la última, se une á la carretera que sigue, por un lado, á la nombrada capital y, por el otro, á Cuellar y Segovia. Sobre tres escalones circulares asienta su basa, primero cuadrada y después octógona. De esta segunda forma es el fuste monolítico, terminado en caprichoso capitel que muestra, entre dos corridas y bien salientes molduras, cuatro bellas cabezas de querubines, cada una con otras tantas alas, dos desplegadas hacia arriba y dos que tienden á cruzarse por delante artísticamente. Tan delicada peana sirve de asiento adecuado á la cruz, que presenta al Este, en medio ó acaso bajo relieve, á la Virgen y al Niño, y en el lado opuesto, en alto relieve, á Jesús Crucificado. Del pelicano que, según los portillanos, coronaba y dió apellido al monumento, nada queda visible digan cuanto quieran los que aún señalan restos de la parte inferior de aquel y lamentan la desaparición de la cabeza y de casi todo su cuerpo, que aseguran sirvió de blanco á las pedradas de ociosos pastores y de traviosos chicos de la villa y

PORTILLO



CRUZ LLAMADA DEL PELICANO

(Fot. de J. Agapito)

arrabaleros. Después de la excursión del 15 de Octubre, ha reconocido muy detenidamente D. Victoriano Chicote los tres remates de los brazos de la cruz y los encontró sin huellas de pelicano ni pederadas, iguales é intactos (1), dicho sea en desagravio de las referidas *clases* no, por rústicas ó juveniles, menos dignas de respeto en honra de la educación y buena crianza comarcanas. Aunque la talla del hombre, con variedad representada por siete excursionistas y el ordenanza recaudador, dá clarísima idea, en el fotograbado correspondiente, de las dimensiones del monumento, no creo inútil precisar que la altura de este, cuatro metros y medio, se divide, casi por terceras partes, entre el basamento, el fuste y la cruz con el capitel ó peana.

¿Cuándo fué construida la cruz del pelicano? ¿Cuándo y por qué bautizada con el nombre del ave símbolo de la abnegación y del eucarístico sacramento? ¿Representa algún solemne voto? ¿Recuerda sangrienta tragedia ó terrible desgracia allí ocurrida? ¿Es solo una de las muchas obras por la devoción levantadas en las cercanías de los pueblos? No dudaría un momento en contestar rotunda y afirmativamente á la última pregunta, si se tratase de un país como Galicia, pobladísimo de *cruceros* (2). No hay aquí parroquia, ni aldea, ni grupo antiguo de casas, ni cementerio, ni camino que no tenga más de uno y muestran, con frecuencia, la fecha de la construcción y el nombre del devoto á que esta se debe, y también á veces, cepillo para recoger limosnas ó vasija donde los vecinos depositen, como ofrenda, el aceite destinado al farolillo que alumbraba al Cristo. Todos ostentan las mismas imágenes que el descrito de Portillo y proporciones semejantes, más raro será el que se le acerque en la esbeltez de líneas, en la delicadeza de los detalles y en lo feliz del conjunto (3) y no hay noticia de ninguno adornado con el ave que la fantasía puso durante siglos

en la cumbre del *altruismo*, por suponerse que con su propia carne alimentaba á sus polluelos, y que llegó á simbolizar la humana redención y á ser en muchas iglesias acostumbrado ornato del *sagrario*, en cuya puerta aparece desgarrándose siempre el ensangrentado pecho.

No es la consabida cruz la única de su clase existente en Portillo. Muy próxima al camino que va desde la fortaleza al convento de Fuente Santa, hay otra tan semejante, casi igual, que debe, por tanto, relacionarse con aquella y hace pensar en si ambas anunciaban el último al viajero (1), erigidas por la agustina comunidad ó algún entusiasta devoto de esta, ó en si fueron solamente muestras avanzadas de la religiosidad de la villa, que no pocos pueblos castellanos señalaban de análogo modo la bifurcación de los principales caminos, la dirección del que conducía á las puertas del amurallado recinto y hasta el término y el poder jurisdiccional, aunque ya sean raros tales signos, demasiado débiles para resistir la acción destructora de los siglos y de los hombres en campo abierto, á cielo raso y en lugares apartados y solitarios que incitan al vandalismo con la perspectiva del misterio y la impunidad. (2).

Más difícil es presumir, después del mencionado minucioso reconocimiento, el origen del *apellido*. Nada hay, cerca de la expresada cruz, de donde este pueda derivarse, ni tampoco memoria de que lo hubiera. No se observa el menor vestigio de iglesia, ermita ni edificio alguno en los alrededores. Nadie explica que se la llame *del pelicano*, sin suponer que este la coronaba. De todas las consabidas preguntas solo me atrevo á contestar satisfactoriamente la primera que he formulado. Sin *prueba documental*, sin rumores ni tradiciones populares, cualquier aficionado á la arqueología, mediano conocedor de la historia artística regional, clasificará la cruz estudiada, como tipo bien definido de la corta época de transición entre el *ojival* y el *renacimiento*, y afirmará que fué construida á fines del siglo XV ó á principios del XVI. Tal es mi creencia, que someto gustoso á la crítica del lector perito, bien convencido de que este tiene ya formada su opinión, pues el correspondiente fotograbado y los numerosos detalles en el texto comprendidos, le suministraron, desde antes de apuntar ninguna duda, sobrados elementos para emitir su propio y fundadísimo juicio.

ANTONIO DE NICOLÁS

(1) Así me lo participa D. Juan Agapito y Revilla, á quien rogué que procurase comprobar si existía algún vestigio del supuesto pelicano.

(2) La construcción de estos, en casi toda la región gallega, es facilísima por la abundancia extraordinaria de piedra utilizable y de hábiles canteros. Así se explica que hubiese algún antiguo camino, como el de Pontevedra al monasterio de San Juan de Poyo, que en cuatro kilómetros contaba con catorce *cruceros*.

(3) Me refiero á los situados en caminos, lugares solitarios y lejos de otros monumentos de más importancia. De los *cruceros* inmediatos á iglesias, hospitales, etc. trazados y construidos, casi siempre, á la vez que estos edificios, por artistas, y no como los otros por simples canteros, se conservan muy bellos ejemplares, alguno parecido al de Portillo, en los museos de la región. Las *ánimas del Purgatorio*, Santiago y San Juan, suelen verse esculpidos, á la vez que las imágenes acostumbradas, pero aquellas ocupan un espacio apaisado, entre el basamento y el fuste, de dimensiones suficientes para contener varios bustos rodeados de llamas, excediendo, por tanto, de las líneas que caracterizan al *crucero* propiamente dicho, conocido solo por tal nombre en toda Galicia. Frecuente es ver, labrados en el fuste, los clavos y demás atributos de la Pasión.

(1) Tal es la opinión de D. Juan Agapito que, interrogando á los hermanos D. Darío y D. Victoriano Chicote, ambos artistas y muy conocedores de portillanas antiguallas, me ha remitido los datos referentes al segundo indicado *crucero*, por mí no visto. También manifiesta el Sr. Agapito y Revilla que en Mejece se conserva otra cruz de piedra que parece repetición de las de Portillo.

(2) Las cruces erigidas en el interior de los pueblos, comunemente cerca de las puertas de las iglesias, abundan aun en Castilla.

Reseña de los documentos históricos inéditos actualmente existentes en los archivos eclesiástico y municipal DE LA VILLA DE DUEÑAS



(Continuación)

Ninguna cosa de particular, referente á la materia consignada en el epígrafe de éste capítulo, ofrecen las visitas de 5 de Marzo de 1589 realizada por D. Fernando Miguel de Prado, Obispo de Palencia, y la de 15 de Diciembre de 1594 por el Dr. Alonso de Grazar, pero sí la de 19 de Junio de 1598 donde vemos que el antiguo grave defecto de falta de enseñanza de la doctrina cristiana, expuesto sobre todo al ocuparnos de las visitas de 1542 á las de 1555, había desaparecido: «Los curas digan la doctrina cristiana al tiempo de la plegaria al ofertorio en el púlpito como es costumbre,» prohibiendo además que el sacristán (entonces sacerdote) administrase el sacramento de la extremaunción, pues no tiene licencia para ello y porque aparte de dicho inconveniente resultaba que no teniendo licencia para confesar y queriendo los enfermos reconciliarse no podían hacerlo. Manda por último el Sr. obispo de Palencia Lope y Sierra, que realizó la visita que nos ocupa, «después de haber predicado en ella» que «Los curas se junten un día (viernes) á la semana, y así juntos traten y confieran entre sí, y miren que enfermos hay que visitar, y que pobres hay que consolar, pues estas son cosas forzosas de su oficio, y traten de cosas del bien de su iglesia».

Nada importante respecto de la materia que nos ocupa se encuentra en las actas de visita de 24 de Marzo de 1604 del licenciado Cristóbal Moreno, visitador general, ni en la de 22 de Noviembre de 1605 por D. Martín de Lope y Sierra, obispo de Palencia, salvo que los curas no decían la doctrina los días que mandan las constituciones sinodales» y «que fue informado que los curas y beneficiados no estaban en las sillas del coro conforme á su antigüedad y que se hacían corrillos hablando en el dicho coro» etc. y que «Item fue informado que durante los oficios, los beneficiados se ponían en las barandillas del coro á hablar, lo cual era indecente» etc. ni en la de 16 de Diciembre de 1607 del Dr. Juan Perez de Segovia, canónigo de Palencia, visitador, pero sí en la de 12 de Mayo de 1609 por D. Felipe de Tassis, obispo de Palencia, en la que dice: «Otro si fue infor-

mado que el licenciado Nuñez beneficiado que fué de ésta iglesia ya difunto, dejó y fundó una dotación de una huérfana en cada un año.....» y que el dicho cabildo (patrono) tiene mucha remisión en cumplir con puntualidad con ésta dotación.

Nada de particular encontramos en la visita de Francisco de Ledesma de 10 de Julio de 1611 sobre la materia de este capítulo, ni en la de 10 de Abril de 1624 del licenciado Cristóbal de Torres, comisario del santo oficio, excepción del mandato, que en casi todas las visitas se repite, acerca de la enseñanza de la doctrina cristiana y en la de 23 de Agosto de 1626 de Miguel de Ayala, obispo de Palencia, en la que manda «que en esta iglesia se busque un sacerdote que sea sacristan y no pudiéndose haga diligencia en que sea alguien ordenado de orden sacro y faltando este se reciba y busque un estudiante de ordenes menores..... y no se reciba hombre casado, por los inconvenientes conocidos y si se recibe, sea en caso de necesidad y traiga hábito de clérigo» etc.

En la de 1.º de Mayo de 1632 de Juan de Villegas, canónigo de Palencia, visitador general, incorpora al cabildo, á causa de la disminución de la renta, la misa de once con la condición de que los días suprimidos no sean los festivos, y en la de 8 Octubre 1634 de Diego de Arce «con la salve cantada que todos los días festivos y de Nuestra Señora se dice en el hospital, capitule el beneficiado más antiguo».

Nada de notable encontramos sobre la materia objeto de este capítulo en las visitas de 19 de Marzo de 1637, realizada por D. Cristóbal de Guzmán y Santoyo, Obispo de Palencia, ni en la de 1.º de Mayo de 1643 por Diego de Arce y Navarro, ni en las de 1647 y 1656, por Gerónimo Rodríguez y Lorenzo de Arce, pero sí en la del año siguiente por Pedro de Ceballos y Villegas, arcediano del Alcor, dignidad y canónigo en Palencia y visitador del Obispado, en la que les prescribe tengan los beneficiados «cabildos espirituales», huyan de ciertos sitios y diversiones y no confiesen á seculares en sus casas, salvo caso de enfermedad. En la de 25 de Febrero de 1668 por Francisco Barcenilla, visitador

general, vuelve á insistir sobre ausencia de tabernas, prescribiendo se lean las sinodales «tres veces al año».

Nada ofrece la de 1671 por Francisco Barcenilla, y la de 1673 por el Sr. Molino, Obispo de Palencia, modera cierta práctica «porque en el no enterrar los difuntos mientras no se muestran los testamentos se siguen muchos inconvenientes como son el advertirse ser odiados y poco queridos de los feligreses delo cual suele suceder se vayan á enterrar á otra parte en perjuicio del derecho parroquial y de trimento de la fábrica».

Nada de particular ofrecen las visitas de 28 de Noviembre de 1677 por el señor Obispo Molino y Navarrete y la de 6 de Diciembre de 1682 por Pedro Franco Diez, 21 Marzo 1685, pero en la de 8 de Marzo de 1686 por fray Laurencio Alonso de Pedrosa, Obispo de Palencia, en uno de sus mandamientos encontramos los primeros datos que hemos visto acerca de la devoción del rosario como oración pública en nuestra parroquia, dice así:

«Otro sí. Su Ilustrísimo dijo que exhortaba y encargaba á los curas y beneficiados de esta villa procuren con su celo y devoción en aumentar el de los seglares, en asistir todos los días á la hora competente á rezar el rosario, pues al ejemplo de los sacerdotes, se conmueve el pueblo y se introduce y radica en él, esta santa y loable devoción, y con el tiempo viene á hacerse una costumbre de grande aprovechamiento para todos los fieles, lo cual podría conseguirse encargándose por semanas á un beneficiado que asista á ofrecer el Santo Rosario y decir las oraciones, y entre tanto número no puede ser carga ni gravamen, mayormente cuando el sitio de la iglesia está cerca de todo el comercio (así ocurre actualmente) y que sería fácil se hallase otro sacerdote que supliese la falta del nombrado».....

«Con irreverencia grandísima se celebra la misa con una luz solamente y ésta de una cerilla ó ilera que llaman tan delgada y de la cera menos pura que casi no luce.....» y establece muy graves penas además de la excomunión. Hemos terminado el largo exámen de las actas de visita que se conservan sobre la materia referente al cabildo; como tal sigamos con breve exámen de las demás fuentes reseñadas.

En la señalada en ésta relación con el núm. 12, borrador para formar el memorial que se había de remitir al R. P. para la dispensa de algunas memorias etc. se encuentran incidentalmente algunos detalles de interés acerca de las costumbres del cabildo en aquella época, p. e. «todos los lunes del año se canta una misa con ministros y al fin tres responsos en procesión por las tres naves de la iglesia» costumbre esta última de la procesión que aún subsiste, y «Todos los terceros domingos de cada mes se canta una misa con ministros, en la que se patentiza el

Santísimo Sacramento y la está toda la misa» popular costumbre ésta última desaparecida.

El cabildo parroquial estaba magníficamente dotado; basta leer los documentos reseñados entre las fuentes con los números 4.º y 19, ó sea apeos de 18 de Mayo de 1545 y relación de 1805 para convenirse sumando á los elementos que aducen dichos documentos la participación en los diezmos etc. etc., en cada individuo que la dotación era cinco veces ó más superior á la actual, así como hemos visto que ese personal era también numerosísimo, á pesar de lo cual existen varios documentos, el borrador que nos ocupa y el número 16 (otra solicitud pidiendo dispensa de cargas de 1797), en que se pide dispensa al R. P. de nada menos que de 863 misas aniversarios (aún les queda un millar) etc. aduciéndose para ello datos interesantes que vamos á extractar, en parte, bajo el epígrafe «especies necesarias para la digna representación de nuestro intento».

Ya vimos al tratar de la visita de 1564 como se habían unido varias memorias, misas etc. todas aquellas cuya limosna no llegase á tres reales, y en este borrador se alega una razón parecida, pues «el Sr. Molino Navarrete en sus sinodales (Madrid 1681 página 41) señala la limosna de las misas de testamentaria á dos reales y medio, hará treinta años subieron á 3 y de cuatro años á esta parte ya todos los fieles en sus testamentos mandan se dé 4 reales por cada una». «Por cada misa se dá al sacerdote que la canta 4 reales, un real á cada ministro, gastos de cobranza y litigios otro y queda otro, para la Comunidad en las que valen 8 que son las mas», de lo cual deducían que produciendo las antiguas menos de los ocho ó sea de lo necesario debían unirse etc. Al lado de estas aducen otras numerosas razones, p. e: No haber pedido nunca semejante dispensa ésta iglesia, gastos en la escribanía de hipotecas y pérdidas con motivo del tributo de frutos civiles, subsidio y excusado.

Además cada memoria debe pagar vestuario á la fábrica, aparte de cera y oblata, gastos todos que hacen disminuir el valor de aquellas limosnas. A esto agregamos la desaparición de ciertas fincas lindantes con el río Pisuerga, la variación en el valor de los maravedises, y la baja de los curas en virtud de Reales disposiciones de Felipe V y Fernando VI, «gran mutación agregan que no deben sufrir los beneficiados que no tienen culpa ni en la voluntad de los Reyes ni en que no haya debajo del cielo cosa estable», el ser «Dueñas carrera para la corte de Madrid y reino de Francia por lo que necesitan los eclesiásticos parte más decente que los que viven en aldeas extraviadas». «Tenemos Señor obligación de cantar todos los días misa por el pueblo y vísperas». «tenemos capellanía diaria de misa de once, y otra también diaria de misa de alba». «El cumplimiento de tantas memorias, es causa de confusión

opuesta al decoro del culto divino y devoción de los fieles, pues antes se cantaban tres misas á un tiempo y acabadas aquellas tres, otras tantas hasta verificarse haber cantado en un día todos los beneficiados», «esta confusión tolerada hasta ahora por los anteriores Señores obispos la ha quitado en la visita general de este año el Sr. Argüelles mandando se canten sucesivamente, de que resultan que muchos días se gastan tres horas en cantar las memorias, y cansados de este trabajo, no se cumple la principal obligación que es cantar la misa del pueblo». «Ocupados en tantas memorias, no pueden acudir al confesonario ni aplicarse al estudio, lo que se opone al pasto espiritual de los feligreses», «31786 reales gastados para evitar la ruina del templo (inclinado segun hoy le contemplamos y con las actuales reparaciones efecto del terremoto de mediados del XVIII ó terremoto llamado de Lisboa)» capital de varias memorias que se sacó del archivo cuyo rédito pagan los presentes y venideros beneficiados de su haber». El pleito con San Agustín 14438 reales capi-

tal de varias memorias en defensa del derecho parroquial «los gastos de cobranza» y «el no poderse dar expediente á las misas de los funerales de los vecinos que mueren ni á varias capellanias» etc. etc.

Estas son las principales bases que se aducen en el borrador de 1776, que no sabemos llegaron á *poner en limpio* ni enviar á su destino, pero sí se conserva en el Archivo otro documento de años más tarde 1789, 4 y 8 de Julio, en el que piden reducción de aniversarios por medio del Prelado, contestándoles éste que en unión del Ayuntamiento pidan á la Santa Inquisición ministros para cumplirles; pero en esos mismos documentos se ve la *harmonía* que entonces existía entre ambas corporaciones, pues el Ayuntamiento no tuvo por conveniente coadyuvar á ésta pretensión, *harmonía* que veremos confirmada después.

El documento más importante del siglo XVIII en el archivo, es el referente á los estatutos del cabildo parroquial enumerado en las fuentes con el núm. 6.

AMADO SALAS.

NOTICIAS

Si siguiendo la costumbre establecida ya de otros años, durante la época de los fuertes calores, y por salir muchos consocios á veranear por puntos muy distintos, se suspenden por ahora las excursiones colectivas; pero rogamos á nuestros amigos que nos comuniquen sus impresiones y nos remitan fotografías de las curiosidades y cosas interesantes que observen, sobre todo en la región. El campo del excursionista es muy dilatado, y sus notas pueden ser siempre de importancia.

La *Sociedad* ha sufrido una baja de gran valía, y está verdaderamente de pésame.

Nuestro estimado consocio é ilustrado amigo D. Ramón Alvarez de la Braña ha fallecido hace pocos días después de corta y terrible enfermedad.

Fué la Braña un espíritu culto y un trabajador infatigable. Más de una vez hemos oído de sus labios frases amargas, á raíz de ser decretada su jubilación del cargo que desempeñaba como Jefe de las Bibliotecas de Valladolid, por que, como decía ingenuamente, estaba en condiciones de seguir trabajando entre los folios y libretos, para cuyas actividades no se precisa la energía física de otras profesiones. Fué entusiasta de su carrera, y á más de la Biblioteca de Mahón, del archivo de León,

que tan bien conocía, de la Biblioeca de Santa Cruz de esta ciudad, y de otros centros, débele mucho la cultura patria, pues siempre se dedicó á la publicación de curiosas obras consultadas de continuo por el personal del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos á que perteneció, otras de carácter histórico, haciendo también sus ensayos en la novela histórica, y dando á la prensa periódica multitud de trabajos de muy distintos géneros, aunque fuera su fuerte el histórico, que hace copiosa y variada la colección.

Conocida es su labor en nuestra *Sociedad*. En el BOLETÍN se reflejan las aficiones de la Braña, en interesantes artículos. Era arqueólogo serio y concienzudo, archivero erudito y bibliotecario de método. Muchas veces su consejo nos iluminó en estas tareas; su entusiasmo nos animó y fortaleció en más de una ocasión; y nos daba el ejemplo siempre asistiendo á muchas excursiones, marchando con la cartera y el lápiz en la mano, encontrando constantemente algo que nos hiciera fijar la atención.

Fué un hombre recto y un cariñoso amigo. ¡Descanse en paz el ilustrado consocio! y reciban su viuda é hijo el testimonio de nuestro sentimiento por pérdida tan grande que tan de cerca toca á la *Sociedad*.